

SANTIAGO MELON R. DE GORDEJUELA

MORATIN

POR DENTRO



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO
EN LA UNIVERSIDAD

16

SANTIAGO MELON R. DE GORDEJUELA

MORATIN
FOR DENTRO

1954

CUADERNOS DE LA CATEDRA
FEIJOO N.º 16

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

MORATIN POR DENTRO

Prólogo

EL segundo centenario del nacimiento de D. Leandro F. de Moratín, celebrado en Marzo de 1960, avivó el interés que siempre mostraron los hombres de letras por tan destacada figura, la cual, al decir de Menéndez Pelayo, «es el más insigne de nuestros poetas cómicos al modo clásico y uno de los escritores más correctos y más cercanos a la perfección que hay en nuestra lengua ni en otra alguna». ⁽¹⁾

Ha sido estudiado en muchos aspectos; en el literario, en el biográfico y en sus relaciones humanas con personajes de la época; también han sido analizadas y discutidas sus ideologías religiosa y política, su filiación de «afrancesado»... etc; algunos, traspasando las lindes de su vida social, establecieron conjeturas sobre sus cualidades afectivas y formularon hipótesis respecto a su tipo psicológico. Estos últimos aspectos fueron

(1) Menéndez Pelayo, *Hist. Id. est.*, T. III, ed. nac., pág. 419.

tratados de un modo incidental y sin pretensiones hondas; quizá por ello mostraron resultados dispares en sus conclusiones.

Hace muchos años, Menéndez Pelayo, al tratar de las obras «La Mogigata» y «El Barón» y considerarlas como pueriles y candorosas, incide en la caracterología del autor, diciendo: ...«Y tenía que suceder así forzosamente, porque Moratín (según de todos los sucesos de su vida resulta) no conoció jamás al mundo ni hizo esfuerzo por estudiarle, sino que, solitario, huraño y retraído, hombre bueno y generoso en el fondo, pero desconfiado y de difícil acceso, vivió con sus libros y con muy pocos amigos y no parece haber sentido indignación contra otra ninguna cosa sino contra los malos dramaturgos y las perversas comedias». (2)

Tal enjuiciamiento caracterológico ha tenido indudables resonancias; una de ellas, posiblemente, en Marañón, quien decía en ocasión del bicentenario: «Lo que más me interesa de Moratín es su impenetrabilidad. Creo que su personalidad es un misterio». (3) Opino sinceramente que Marañón no debió sentirse atraído por el estudio del personaje, ya que puede darse como seguro que el sutil espíritu de D. Gregorio, ¡poco que bucease en los escritos de Moratín, hubiese disipado la niebla en que le suponía envuelto.

Otros escritores intentaron calar más hondamente en el espíritu de Moratín enjuiciando su tipo psicológico; Domínguez Ortiz dice:... «Moratín fué un introvertido que ni en su existencia personal ni en los partos de su fantasía se fundió plenamente con la realidad circundante»; sin embargo, páginas adelante, afir-

(2) M. Pelayo, Loc. cit., T. III, pág. 421.

(3) *Insula*, n.º 161, Abril 1960; pág. 4.

ma:... «yo diría que este hombre carecía de todo sentido histórico, porque vivía sumergido en factores sociológicos fundamentales». (4) Entre las dos afirmaciones existe una evidente contradicción de concepto.

Lázaro Carreter también le considera como introvertido, pero matizando su tipología en el sentido junguiano, afirma: «D. Leandro pertenece a la categoría general de sentimentales introvertidos; uno de los rasgos vertebradores de este tipo psicológico es el de la celosa custodia de su intimidad. Los sentimentales precisan de un ambiente estable y nada coactivo, en el seno del cual no sufra amenazas su yo profundo». (5)

Es forzoso reconocer que las opiniones de Don Marcelino siempre pesaron muy justificadamente en los hombres de letras y que casi ninguno de ellos prescinde de la imagen moratiniana que se forjó el insigne erudito. Sin embargo, existe a mi juicio otro motivo que justifica la endeblez de tales atisbos caracterológicos y aludo a los trabajos que surgieron en el bicentenario de su nacimiento. Casi todos ellos fueron redactados para imprimirse en números homenaje a la memoria del literato o como discursos leídos en veladas en su honor. La tónica de tales trabajos es laudatoria y un estudio caracterológico con ansia de objetividad es poco apropiado a esos efectos. Hay que poner de manifiesto facetas del espíritu, rasgos habituales a los que la mayor parte de las gentes otorgan una gratuita valoración y digo gratuita porque los modos de sentir, pensar y actuar de una persona no pueden producirse sino a favor de sus disponibilidades psico-somáticas y de las circunstancias que ofrezca la situación ambiental.

(4) Domínguez Ortiz, *Rev. Un. Mad.*, Vol. IX, pág. 608.

(5) Lázaro Carreter *Papeles de San Armadaus* Febº. 1961.

Los criterios de intro o extraversión, el egocentrismo, las reacciones egoístas, las tendencias a la tacañería o a la disipación... etc. deben estar a salvo de una valoración que exprese su bondad o maldad con carácter definitivo.

Algunas de las divagaciones caracterológicas respecto a la figura de Moratín intentan definir su tipo psicológico; le encuadraron equivocadamente a mi juicio, pero, al menos, tuvieron la feliz idea de abordar su carácter por el conocimiento de la orientación general de su espíritu. Tal investigación nos aproxima más a la personalidad que la pretensión de definirla por algunas rutinas de su cotidiano vivir; poco nos ilustra sobre el modo de ser de D. Leandro que gustase mucho del chocolate y que considerara punto menos que imprescindible el presenciar a diario un espectáculo teatral. Algo más nos informan los que comentan el horror que experimentaba por todo lo que pudiera perturbar su tranquilidad, pero la apetencia de esta última es tan difundida que si no se profundiza en las razones vitales de ella tampoco puede alcanzar la categoría de rasgo característico.

Ofrece dificultades el enjuiciamiento de una personalidad a través de una lejanía de dos siglos. Nos privamos irremediamente de los valiosos medios que ofrece la observación directa de su constitución somática, de su mímica y actitudes habituales, de su «tempo psíquico»... etc. Por otra parte, para la justa valoración de sus reacciones es preciso asimilar la época de su tiempo en la medida de lo posible, pues de otro modo se llega fácilmente a conclusiones erróneas. Tales inconvenientes tienen su contrapartida de ventajas: la afectividad está menos comprometida. El enjuiciamiento directo lleva consigo inevitablemente la ecuación afecti-

va que plantea toda relación humana y es difícil esquivar los errores que proceden de ella. La lejanía en el tiempo no extingue el afecto que puede despertar un personaje. Recordemos los juicios apasionados que siguen vertiéndose respecto a figuras que alcanzaron situación preeminente en la Historia por su jerarquía, envergadura ideológica o actuación social. Moratín, en este aspecto, no crea serios peligros. Su personalidad merece que sea estudiada, pero no apasiona y en este sentido nos parece singularmente apto para un enjuiciamiento neutral; su vida no dejó huellas que comprometan la esfera afectiva creada en torno de las creencias actuales.

Los elementos utilizados en el presente trabajo han sido las biografías hechas por sus contemporáneos, sus apuntes autobiográficos, el Diario, las Relaciones de sus viajes y de un modo principal el Epistolario; sobre todo, las colecciones de cartas dirigidas a sus amigos íntimos: Juan Antonio Melón, José Antonio Cónde, Paquita Muñoz y a García de la Prada. Ellas constituyen el material más aprovechable a estos fines por el grado de amistad que les unía, los intereses comunes que les ligaban y por su manifiesta espontaneidad, ya que al redactarlas Moratín no mostró preocupación literaria alguna.

Estas mal pergeñadas líneas no alcanzan la pretensión de estudio caracterológico. Para merecer ese nombre hubiera sido necesario el análisis de muchos factores que apenas se rozan en las páginas que siguen. Considérense, pues, como un simple buceo en los entresijos de Moratín; tal es la razón de su título. Si alcanzan la utilidad de constituir alguna base para estudios de más envergadura, me cabría la satisfacción de no haber perdido el tiempo completamente.

La extraversion de Moratín

Los términos de extraversion e introversión se utilizan de un modo frecuente. Lo mismo ocurre con otras palabras técnicas de las Psicologías normal y patológica. En la conversación ordinaria se pueden escuchar a menudo voces como las de sintonía, esquizofrenia, paranoia... etc., sin que el hecho de utilizarlas signifique clara comprensión por parte de quien las emplea. Hay que aceptar el caso como signo de las tendencias vulgarizadoras de los tiempos; se oye tildar de extravertidas o introvertidas a determinadas personas pretendiendo definir las ya como seres sociables, afectuosos y divertidos o, por el contrario, como huraños, tímidos y poco o nada tratables. Tal uso, sobre llevar consigo cierto matiz de valoración absolutamente injustificado, no responde a la realidad del concepto. Estimo, por tanto, útil perfilar brevemente las nociones a las que responden los términos de extraversion, e introversión, dejando para otros capítulos, que brinden oportunidad adecuada, el esbozo de las reacciones compensadoras a que dan lugar tales disposiciones. Estoy seguro de que la mayor parte de los lectores podrán excusarse de su lectura.

Hace varios decenios que Jung estableció como base de su tipología los conceptos de extraversion e introversión, queriendo expresar con ellos la disposición psíquica que predomina de un modo consciente. Tales ideas continúan en plena vigencia y se han mostrado de gran utilidad, pues constituyeron la base de

teorías psicopatológicas de gran valor en el terreno psiquiátrico.

La gran variedad de tipos psicológicos puede tener como base de diferenciación la orientación del espíritu hacia el objeto o hacia el sujeto. El mundo de los extrvertidos lo integran aquellos individuos con una disposición psíquica que les orienta hacia el objeto; su atención —situación psicológica preperceptiva derivada del estado afectivo— les dirige hacia el exterior; las funciones fundamentales de su psiquismo, el pensar, el sentir, el percibir... etc. adolecen de la misma preferencia.

Los introvertidos, consecuencia de su disposición psíquica predominante, orientan su espíritu hacia el sujeto: su atención y funciones psíquicas fundamentales se encaminan hacia dicho centro; lo cual no significa que prescindan del objeto, dicho en términos más amplios, del ambiente; pero en su pensar, sentir, percibir, e intuir siempre buscan una relación inmediata con el sujeto.

Alguien ha imaginado materializar esta diferenciación de un modo gráfico comparando los dos grandes tipos base de la clasificación junguiana a dos estilos arquitectónicos; los extrvertidos pudieran estar representados por los llamados edificios funcionales, cuyas fachadas de grandes cristaleras no dejan lugar a macizo alguno. Efectivamente, es difícil imaginar existencias de recogimiento e interiorización en sus moradores. La casa mediterránea, por el contrario, tiende por su construcción a aislarse del exterior; tan sólo la cancela la une a la calle y la vida se desarrolla en el centro del edificio, el patio, al resguardo de todas las impresiones que procedan del ambiente; también en este caso es difícil suponer que sus habitantes estén prendidos por

las incidencias y azares ajenos al corazón de su vivienda; los introvertidos pudieran quedar representados por tal tipo de morada.

La teoría junguiana de los tipos psicológicos presenta otro postulado fundamental: la coexistencia de las dos disposiciones en todo individuo; una de ellas, la predominante, actúa con carácter consciente; la otra, asienta en la subconsciencia, lo cual, como veremos más adelante, no significa que permanezca inactiva. En consecuencia, Jung habla de disposiciones psíquicas extravertidas conscientes y de disposiciones introvertidas por debajo del umbral de la consciencia actuando con sus modos peculiares en la misma personalidad y, viceversa, de disposiciones psíquicas introvertidas y ejercitadas de un modo consciente con un núcleo de extraversión en la subconsciencia.

Como ya hemos indicado, la disposición psíquica que prevalece en la consciencia matiza de un modo específico todas las funciones psíquicas fundamentales. La clasificación de Jung se funda en las calidades diferentes que presentan el pensar, sentir, percibir e intuir en los extravertidos y en los introvertidos. En consecuencia, la orientación general del espíritu debe también matizar el actuar. La conducta ofrece coloridos diferentes en los tipos básicos; la del extravertido es adaptable; pudiéramos decir que el sujeto se acomoda a todas las asperezas y rugosidades del objeto; por el contrario, el introvertido en su actuar se afirma frente al objeto.

Las reacciones afectivas que surgen en el trato interhumano revisten cualidades diferentes en los dos tipos. La sintonía del extravertido hace posible un contacto afectivo rápido en su establecimiento; dispensa fácilmente su afecto mostrándose pródigo en lazos de amistad que se declaran como superficiales y poco du-

raderos. Las ligazones tímicas en los introvertidos son más lentas en establecerse, pero una vez alcanzadas suelen manifestarse como más hondas y duraderas.

* * *

La biografía de Moratín que encabeza la edición de sus obras póstumas fue compuesta por D. Manuel Silvela, al cual instituyó como único legatario de sus bienes. Silvela pudo haber logrado muchas noticias por información directa de Moratín, ya que convivieron los seis años que precedieron a su muerte.

Respecto a la niñez de Moratín dice que padeció viruela a los cuatro años y que se transformó su carácter a seguido de aquella afección:... «de amable, dulce y festivo, se volvió llorón, impaciente, disputador, tímido y reservado». ⁽⁶⁾ A continuación transcribe unas líneas de los apuntes autobiográficos... «Desapareció desde entonces la seguridad de mis opiniones y sucedió a ella un temor de errar en lo que discurría que me hizo silencioso y taciturno; al presentarse persona poco íntima hallaba en mí un muchacho reservado y poco social».

Cabe en lo posible que una afección tan grave como la viruela pudiese cambiar el carácter del niño de un modo pasajero. La falta de medicaciones eficaces daría lugar en casi todos los casos a estados estuporosos de los que se saldría lentamente a través de una convalecencia prolongada. Además, hay que valorar las

(6) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández Moratín*, 3 Vol.; Rivadeneyra, Madrid, 1867. Vol. I, pág. 6.

condiciones familiares del niño: hijo único, pues tres hermanos que le antecedían fallecieron en edad temprana. Es seguro que la familia Moratín, angustiada por el temor de que siguiese el camino de los anteriores, envolvería al convaleciente en excesos de mimos y atenciones cuyas consecuencias durarían largo tiempo.

Desde un punto de vista caracterológico tienen mayor importancia los datos que proporciona su amigo Juan Antonio Melón, puesto que se refieren a la juventud y madurez de Moratín cuando los rasgos del carácter se acusan plenamente. Dice Melón a este respecto:... «Alegraba nuestra conversación con tantas gracias, chistes, donaires y agudezas, que era nuestra compañía una continua risa. Remedaba con facilidad todos los caracteres. Sobresalía entonces en Madrid, por su elegancia en vestido y peinado, el Abate Guevara y Vasconcelos, Secretario de la Academia de la Historia, hombre honrado y bueno, aunque muy afectado y pagado de su poco saber. Moratín imitaba su gesto, su voz, su continente y sus palabras, y le hacía decir los más graciosos disparates que se pueden imaginar. El caso es que él apenas le conocía y yo, que le había tratado, veía con admiración cómo decía y hacía, al imitarle, las mismas expresiones, palabras y gestos del original que copiaba. También imitaba a veces el carácter afectado de Jovellanos, el del poeta Huerta, el del buen Carlos III en sus diálogos con el Conde Losada y otros muchos, con gracia inimitable; y estos chistes salían tan espontáneamente de su boca, que él mismo no conocía la gracia que tenían, hasta que reflexionaba un poco, y se reía de lo que había dicho. ⁽⁷⁾

(7) *Desordenadas y mal digeridas apuntaciones*, de J. A. Melón, Loc. cit. Vol. III, pág. 377.

Hemos transcrito el párrafo a pesar de su longitud por la importancia que tiene respecto a la caracterología del joven Leandro; semejantes dotes de imitación sólo pueden alcanzarse por cualidades extravertidas muy acusadas; suponen la transformación del sujeto en objeto, llamando con este término general a la persona imitada. Puede asegurarse que cuando parodiaba tan perfectamente al Abate Guevara, a Jovellanos... etc., su personalidad se fundía con la de los imitados y por ello el mismo Moratín se sorprendía de las palabras que salían de su boca. Tal cualidad llevada a tan extremos límites es patrimonio de los extravertidos.

Melón se refiere a los tiempos en que ambos amigos se reunían con Estala y Navarrete en la celda que ocupaba el primero en el convento de los Escolapios, y debieron de gozar de fama aquellas reuniones, puesto que Manuel Gil de la Cuesta, familiar de la Inquisición y, al decir de Mesonero Romanos, aficionado a los malos versos, recitaba:

Aunque vengan los Melones,
Estalas y Moratines,
y se aprieten los botines,
no llegan ni a mis tacones ⁽⁸⁾.

Semejante euforia persistió largo tiempo ya que el mismo Melón refiere respecto a su convivencia en París, cuando Moratín realizó su primer viaje al extranjero... «noche hubo que me tuvo hasta las tres de la mañana sentado sobre su cama y sin dejar de reír con los graciosos despropósitos que se le ocurrían».

Puede inferirse de todo ello que Moratín hasta los veintisiete años se mostró muy jovial y dotado de

(8) Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, Madrid, 1926. T. I. *

grandes cualidades imitativas propias de un extravertido. La timidez, misantropía y brusquedad debió constituir un episodio efímero de su infancia.

Al correr de los años, el mismo Moratín se queja reiteradamente de la soledad en que vivía y que justificaba por miedo a la situación política. En una carta dirigida a Melón y fechada en Montpellier el 28 de Enero de 1818, al darle cuenta de que, al fin, decidió su viaje a París y comentar que considera próximo un cambio en la política española, decía:

...«Así que llegue por acá el Real Diploma se acabaron los socorros y los socorridos se marcharan a puto poestre a ver sus patrios lares precisamente cuando yo trataba de refocilarme con ellos. ¡Desgracia es mía que haya de vivir condenado a perpetua soledad!»⁽⁹⁾.

Moratín no tenía tendencia alguna al aislamiento; si gran parte de su vida lo sufrió, fué impuesto por las circunstancias. La sociabilidad de Moratín la facilitaba su extraordinaria especialidad de adaptación, que se manifestó en todos los aspectos de su asenderado vivir y muy especialmente en el político. Muy joven todavía, consigue extensas y valiosas relaciones; trata a Florida-Blanca, a Jovellanos y, más tarde, a Godoy; de todos ellos logra mercedes; beneficios eclesiásticos, pensiones para viajar por el extranjero, y del último, un poco de la mano de Melón, un cargo bien retribuido, puesto que los años que siguieron a su obtención marcan la época dorada de su vida; nos referimos a la Secretaría de Interpretación de lenguas. Se encontraba perfectamente acomodado a los hombres representativos de la Ilustración, a la privanza de Godoy y a la dinastía. Su afecto a ésta le impulsó a la ditirámica oda dedicada a

(9) Loc. cit., Carta CIII. Vol II, pág 302.

la coronación de Carlos IV en la que abundan versos tan poco proféticos como aquellos en los que describe al nuevo Rey rodeado de su familia:

Festiva la rodea
Su prole hermosa y suenan los acentos
Del pequeñuelo Carlos y Fernando;
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros días
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos... ¡Oh Dios omnipotente,
Que tantas alegrías
Permites hoy a la española gente! ⁽¹⁰⁾

Por las anotaciones del Diario sabemos que Moratín rara vez perdía la ocasión de ver a los Reyes en su regreso al Palacio de Madrid después de estancias en los Reales sitios; sentía indudable afición a la realeza y la ejercían en aquellos tiempos; no en balde su padre había sido empleado palaciego.

Pues bien, cuando aquella situación se vino abajo por las nuevas ideas, la podredumbre dinástica y el arrollador impulso napoleónico, Moratín se acomodó con rapidez y desenfado a las nuevas circunstancias, colaboró con los invasores y obtuvo del Rey José nombramientos y mercedes.

Se ha discutido ampliamente respecto a si cabe o no considerar a Moratín como «afrancesado». Creo que no, ya que para merecer tal nombre era necesaria una ideología liberal, y Moratín, por las razones que luego exponremos, no la tenía. Una estrecha afinidad ideológica ligaba a los liberales y a los francesados ⁽¹¹⁾;

(10) *Bibl. Aut. Esp., Ob. de Moratín*, T. II, págs 587 y 88.

(11) Méndez Bejarano, *Política de los francesados*, Madrid, Hernando, 1912

diferían en los modos de alcanzar su ideario común. Los afrancesados optaban por el Rey José dispuesto a otorgar una constitución liberal con lo que lograban la meta de sus ideales políticos sin efusión de sangre. Los liberales, más patriotas y menos oportunistas que los afrancesados, pretendían que la implantación de su ideario procediese de ellos mismos, de la voluntad nacional, sin aceptar las reformas de un Rey que consideraban intruso, y organizaron la resistencia a los invasores; unos y otros constituían minorías dentro de la nación; la mayor parte de los españoles, ajenos a la ideología política que culminó de un modo práctico en la Revolución francesa, se alzaron en armas contra las tropas extranjeras que sojuzgaban el país.

Al Moratín de aquella encrucijada histórica le conviene más el término de juramentado con el que se denominaba a los que acataron al Rey José ó en terminología actual «colaboracionista», como apunta con razón Julián Marías ⁽¹²⁾.

Algunos han querido justificar la actuación de Moratín considerándola fruto de su natural medrosidad. No me parece un acierto psicológico tal opinión, ya que un hombre pusilánime situado en circunstancias análogas procura no comprometerse y evita el afiliarse a ninguno de los bandos contendientes.

Hemos afirmado que Moratín no era liberal en el sentido político del término; ya hicimos mención de la facilidad y del fruto con los que navegaba en las turbias aguas de la dinastía y del privado. En el epistolario pueden espigarse pruebas fehacientes del poco agrado que le producían las nuevas corrientes ideológicas. En su segundo viaje al extranjero escribe a J. A. Melón

(12) J. Marías *Los Españoles*, Ed. Rev. Occ., Madrid, pág. 113

desde Londres el 21 de Diciembre de 1792:... «El contagio de la falsa filosofía ha cundido aquí a pesar del frío que hace y por todas partes se oyen opiniones absurdas. Dicen que es menester hacer un nuevo arreglo del Parlamento y que la nación no está legalmente representada»; líneas más adelante añade:... «...se quejan también con igual injusticia de las riquezas del clero, la distribución de impuestos, los privilegios de varios cuerpos y particulares, y otras cosas, que anuncian los progresos que van haciendo en esta gente las erradas máximas de los modernos. De otro modo pensaban nuestros abuelos y el pan valía más barato y había más cristiandad y temor de Dios» (13).

Constituye explicación fácil achacar estas manifestaciones al terror que le produjeron algunas escenas revolucionarias a su paso por Burdeos y París; sin embargo, tal enjuiciamiento me parece equivocado, ya que las frases empleadas en la carta se mantienen en un estricto plano ideológico.

Así era el modo de pensar de Moratín de treinta y dos años en una época de tumultuosa agitación política y así la expresaba a un íntimo amigo indiscutiblemente liberal. Alguna vez Moratín reprocha a Melón su inflexible ideología; desde Barcelona le escribe en Enero de 1821... «con tus sociedades, tu ministerio y tu exaltado liberalismo gaditano... etc.» (14).

Su pensamiento antiliberal se mantuvo toda su vida. Las medidas reaccionarias de los primeros gobiernos de Luis XVIII le merecen el siguiente comentario en carta a J. A. Melón; Barcelona 17 de Enero de 1816: Después de expresar a su amigo que no le disgustaría

(13) *Ob. post.*, Carta, XX, T. II, pág. 126.

(14) *Ob. post.*, Carta, CXXII, Tomo II, pág. 334.

vivir en Francia, dice:..., «si esa nación deja de ser loca, si no alborota, si no se matan por hacerse felices, si sufren como deben el freno, la cincha y el albardón que les han puesto y que por tantos títulos merecen» (15).

En su tercer viaje al extranjero avizora con anticipación el cambio en la política española, pero no se apresura en el goce del llamado trienio liberal.

Hasta Octubre de 1820 no regresa a Barcelona; desde esa fecha hasta Septiembre de 1821 en que de nuevo se expatría por temor al contagio de la peste, su vida estuvo llena de sobresaltos por las bulliciosas manifestaciones patrióticas de los liberales en honor de la restauración constitucional. Tampoco se siente a gusto con el giro impuesto a la política. Expresa reiteradamente su satisfacción por el aplastamiento de las revoluciones liberales surgidas en los Estados italianos. A este respecto escribe a Melón en Abril de 1821... «Todo ello ha sido una intentona de i carbonari y nada más; los piemonteses tienen ya puesta su albarda, su gurupera, su ronzal y su cincha. Los genoveses echan brabatas y en bajando seis mil tudescos por la Bochetta dejarán de echarlas» (16).

En el sentido político no existió ni pudo haber existido afrancesamiento en Moratín, ya que nunca se comportó como liberal; es posible aceptarlo en el sentido literario al acomodarse a las normas neoclásicas tan del gusto de los escritores franceses de la época, pero aún en este aspecto tampoco llegaba su entusiasmo a actitudes que le comprometiesen. Contesta a la pregunta que le hace Melón respecto a si quiere subscribirse al monumento sepulcral de Molière con una

(15) *Ob. post.* Carta, LXXIII, T. II, pág. 242.

(16) *Ob. post.* Carta CXXXIII; T. II, pág. 353.

rotunda negativa... «no quiero me suscribas y ni siquiera me nombres» (17).

Cuando las tropas francesas se retiran de Madrid como consecuencia de la batalla de Arapiles, Moratín huye a Valencia donde los invasores sostenían un fuerte acantonamiento. Su estancia allí debió transcurrir, como de costumbre, en absoluta identificación con el poder constituido. Lograda su sintonía de modo tan natural y fácil, tomó la lira y engendró una composición ditirámica en honor del mariscal Suchet, jefe militar de la Región; sintió la comezón del estro ante una alameda que mandó repoblar el general francés; tan inoportuna poesía terminaba:

Digno adalid del dueño de la tierra
de el Vivar trasunto
que en paz te aguarda, amenazando guerra
y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

A partir de este momento, los azares de la aventura «colaboracionista» de Moratín se hacen extremadamente peligrosos. Cuando los franceses abandonan la ciudad de Valencia, Moratín, lleno de temor, se agrega a uno de los convoyes. No se atreve a quedar en Castellón ni en Vinaroz por miedo a las partidas capitaneadas por «El Fraile» y se encierra en Peñíscola, donde la guarnición francesa estaba bloqueada; allí permanece los diez meses del sitio y sale cuando la plaza se rinde a las tropas españolas. En las privaciones y peligros del asedio, el espíritu de Moratín debió meditar sobre el alcance de sus errores, pero al salir de la ciudad con las fuerzas que capitularon vuelven a imponerse sus cualidades temperamentales y, dos meses más tarde, en carta

(17) *Ob. post.*, Carta CIV, T. II, pág. 304.

dirigida a D. Sebastián Loche, desde Barcelona el 18 de julio de 1814, dice con gran naturalidad:... «...tan hostigado estaba ya con aquel Rey de farsa, con sus embusteros ministros, con tanta relajación, tanta impostura y picardías, que renuncié de todo corazón a la Corte, al empleo, al sueldo nominal y al trato y comunicación con tan pícaro gente» ⁽¹⁸⁾.

Moratin no llegó a considerar debidamente el absurdo que suponía un cambio tan brusco en su conducta e incurrió en un error frecuente en los extravertidos cuando se encuentran en análogas coyunturas: consideran natural su conducta y no alcanzan a imaginar que ella pueda producir en los más, extrañeza y en algunos indignación. En las funciones psíquicas fundamentales de Moratin predominaba el pensar y, sin embargo, no previó las consecuencias de sus actos a pesar de lo fácil que resultaba imaginarlas: En aquellos momentos no se detuvo a repasar toda su actuación desde el año 1808, ni se acordó de cuando denominaba a las agrupaciones de patriotas que dirigieron la resistencia,... «juntillas que andan por los montes acabando de aniquilar España» ⁽¹⁹⁾.

Después de capitular Peñíscola, no encuentra mejor cosa que volver a Valencia, ciudad en la que latían muy vivos los recuerdos de la ocupación, en cuyo lugar había colaborado con las tropas invasoras y adulado al jefe de ellas. Además, se presenta sin timidez alguna; anuncia su llegada al General Elío y, como él relata en la ya citada misiva a S. Loche.... «A cosa de una hora vino el Ayudante y de orden suya me condujo a su casa. Allí, en presencia de más de veinte

(18) *Ob. pnot.*, Carta LVI, T. II; pág. 204.

(19) *Bib. Aut. Esp., Moratin*, T. II, pág. 264. Auto de fé celebrado en Logroño los días 6 y 7 de Noviembre de 1910. Nota 35.

personas, me insultó en tales términos que no sé como tuve resistencia y moderación para sufrirle; porque, en efecto, nunca he visto una cólera tan injusta, tan des-templada y tan feroz. No me fué lícito hablar una palabra; preguntaba y no esperaba la respuesta; cada razón suya era una amenaza y temí, algunas veces, que iba a moner las manos en mí».

Muy honda huella dejó en el ánimo de Moratín la violenta escena, puesto que a partir de entonces pudo frenar, a impulsos de la razón, sus cualidades de extrema adaptabilidad y sintonía. Los exabruptos coléricos de Elío le hicieron refugiarse, casi de por vida, en un aislamiento que repugnaba a su modo temperamental.

Los que vivieron coyunturas históricas parecidas pudieron observar personalidades con conducta análoga a la que mostró D. Leandro. En el tercer decenio de nuestro siglo, España pasó por situaciones políticas cambiantes en las que el poder iba a manos de personas de ideologías opuestas, casi todas ellas con escaso o nulo espíritu de convivencia. Pues bien, era de frecuente observación la del individuo que se adaptaba con rapidez y provecho a tan bruscas variaciones. El común de las gentes, poco propensas a análisis psicológicos, resumían su conducta con tajantes términos peyorativos y sin duda que muchos los merecían. Sin embargo, para que tales procederes se realicen con naturalidad y presteza, es necesario cualidades temperamentales apropiadas.

D. Leandro Fernández Moratín no es merecedor de palabras tales como oportunista, aprovechado u otras peores; era simplemente un extravertido con gran capacidad de adaptación, cualidad que desplegó no sólo en su acomodo a las vicisitudes de la política, sino a todos los aspectos de la vida.

Huérfano de padre a los veinte años, aquel mozo con afición y dotes literarias indiscutibles se adapta al vivir artesano de un aprendiz de joyería. Poco a poco entabla relaciones que le aproximan a las más altas jerarquías de la época y de ellas obtiene beneficios y mercedes que le crean una situación de gran bienestar económico. El tiempo que medie entre los años 1797 a 1811 marca en este aspecto el más alto nivel; a partir de las incidencias relatadas, pasa por periodos pródigos en privaciones y casi lindantes con la miseria. Pues bien, supo sortear todos ellos sin grandes quejas y salió de apuros merced a sus habilidosas dotes crematísticas y a una escrupulosidad en materia de gastos que comentaremos en otro capítulo. Su estancia en Barcelona los años 1815 a 1817 marcan su peor crujía. Quien trazó su biografía en la Colección de Autores Españoles, refiere que... «viendo agotados sus recursos y no sabiendo resolverse a ser molesto a sus amigos, intentó dejarse morir de hambre, para cuyo efecto buscó fuera de la población un cuarto en casa de unos pobres labradores, a quienes se proponía dejar dentro de una carta el precio del alquiler» ⁽²⁰⁾. Ignoro el crédito que se puede conceder a tal noticia, pero puede asegurarse que tal conducta está en desavenencia con lo que se sabe de la personalidad de Moratín. Veamos lo que escribe a Paquita Muñoz en aquellos calamitosos tiempos. En Enero de 1816 le describe su vida... «No tengo estereras, no hay chimenea, estoy sin botas, como con cubiertos de madera, no tengo más alhajas en mi poder que aquel antiguo par de hebillas de plata y ahí empiezo y acaba mi guardajoyas» ⁽²¹⁾. Y, meses más tarde

(20) *Bib. aut. Esp., Moratín*, T. II; pág. XXXV.

(21) *Ob. post., Carta LXXIII*, T. II; pág. 247.

le ofrece una referencia jocosa de su situación:... «La tía María (se refiere a la patrona) se está en la cama hasta las once de la mañana, y como lo que padece, según ella, es *turpasa de nervis*, cuida de sus nervios lo más que puede, y el tío Diego Foncuberta, antes de irse a tejer pergaminos, me embanasta en un puñero lo primero que encuentra, lo pone a la lumbre, se marcha y a la una y media se vuelca aquello y como lo que Dios quiere; que yo, ¡en verdad!, no sé lo que es y a pesar de eso vive su amigo de usted. EL NENE» (22).

Por la lectura de tales cartas puede deducirse que el ánimo de D. Leandro no se destemplaba por tan adversas circunstancias; comenta con gracejo su vida llena de privaciones; sus epístolas respiran acomodación a ellas y hasta se puede imaginar sin riesgo a error que había sintonizado rápidamente con la tía María y el tío Foncuberta.

Como era natural, cuando podía, era gustoso de estilos de vida más halagüeños, pues Moratín, nada generoso para los demás, no regateaba las satisfacciones a sí mismo. Levantado el secuestro de sus bienes, recibiendo los devengos de su Beneficio de Montoro, ya que de Oviedo sólo obtuvo las primicias, y ganando algún dinero por las representaciones que se dieron de sus obras en Barcelona, comenzó a vivir mejor dentro de sus limitadas ambiciones.

A la misma Paquita Muñoz escribe desde París en el año 1818, cuando marchó de Barcelona temeroso de un incremento en las actividades de la Inquisición: ...«Dispongo de salón, cocina, cuartos para leña y carbón; todo ello establecido en dos pisos»; después describe con pueril minuciosidad las excelencias de

(22) *Ob. post.*, Carta LXXX, T. II, pág. 260.

un retrete «a la inglesa» situado en el entrepiso. Termina diciendo: «Hasta ahora no he amueblado más que el cuarto chiquito; todo nuevo; cama, mesa de escribir y un sillón; todo de caoba» ⁽²³⁾.

La misma jovial acomodación cuando le soplaban vientos prósperos, que al resistir crudos temporales, pues su vida fué abundosa en altibajos económicos: transcurrió ella a través de diversos países y en todos estableció fácilmente relaciones como puede deducirse del Epistolario.

Cuando Paquita le instaba para que abandonase Barcelona y viniese a Madrid, allá por el año 1820, le contesta: ...«No tengo nada que hacer en Madrid; el haber nacido ahí no es suficiente para que yo vaya; no conservo querencia de gato a las paredes; si ahí tengo amigos, aquí los tengo también; mi único deseo sería unirlos a todos y viviría con ellos muy contento en cualquier parte del mundo, pero esto no puede verificarse» ⁽²⁴⁾.

Moratín expresa de un modo rotundo sus condiciones de sociabilidad y de adaptabilidad. El relativo aislamiento en el que vivió desde el año 1814 fué impuesto por el temor que invadió su espíritu a partir de la violenta escena con el General Elío. Existen también razones psicológicas de las que trataremos en el próximo capítulo.

El egocentrismo y egoísmo de Moratín

El que lea con atención el epistolario de Moratín llega prontamente a captar un rasgo esencial en el

(23) *Ob. post.* Carta CVIII.; T. II, pág. 310.

(24) *Ob. post.* Carta CXV; T. II, pág. 379.

carácter de D. Leandro: su egocentrismo; este aspecto se deduce más ostensiblemente en las cartas dirigidas a su más íntimo amigo, J. A. Melón, pero también ofrecen abundantes índices reveladores las llegadas a manos de Paquita Muñoz, José Antonio Conde y Manuel García de la Prada. De las 297 cartas transcritas en las *Obras póstumas*, aproximadamente la mitad pertenecen a la correspondencia con el Abate Melón. El contenido de estas cartas constituye la más alta expresión del egocentrismo y egoísmo de Moratín. Las referidas tónicas son más acentuadas en las escritas a partir de 1814 y que corresponden a sus estancias en Barcelona y en Francia. Las primeras de la serie se produjeron entre los años 1792 y finales de 1796, fecha en la que le comunica su inminente regreso a Madrid. En ellas, además de la mitización general propia de un extravertido, se evidencia un rasgo del que trataremos camino adelante: la avidez. En todas insta reiteradamente a su amigo le gestione cerca de Godoy algún empleo o, lo que juzga más ventajoso, un nuevo beneficio eclesiástico que añadir a los tres que ya disfrutaba, pues, como dice con gran desparpajo, ... «¿Empleos? ¿Cuáles hay que no carguen de obligaciones?»⁽²⁵⁾. Hay que reconocer que su machaconería estaba salvada casi siempre por el grajeo con el que hacía las peticiones. Desde Venecia le escribe en Octubre de 1794: ... «Te encargaba, pues, que avizorases cuándo revienta algún otro clérigo andaluz y, entonces, le enviabas o entregabas una carta reducida a darle noticia de tal vacante, y a decir que por encargo mío lo pones en su noticia, para que S. E. se digne interponer su poderosa mediación con S. M. a favor mío. Esto no creo que pueda molestarte, pues no

(25) *Ob post*, Carta XXX.; T. II, pág. 152.

se trata de inflar ningún perro, hazlo y obren las ánimas benditas a quien se lo tengo encomendado ya. ¿Y si viniesen los franceses? ¿Y si vienen los franceses se habrá perdido algo por hacerlo? ¿O seré más Abate de lo que soy, o por tener dos beneficios o cincuenta me haría correr más aprisa?» ⁽²⁶⁾.

Constituía en él una obsesión el obtener lo más posible de sus beneficios. En este sentido, la testarudez que puso en no pagar el Obispo de Oviedo Llano Ponte, le amargó toda su vida. En la carta XXVII, sin fecha pero que debe corresponder a los años 93 ó 94, le dice: ...«Avisame si concluyes algo del arrendamiento benefical en los términos que te dije; desuella al ove-tense pontífice y a mis ovejas montaurienses y de todo esto haz que Joyes me dé alguna carta de crédito para algunas casas de Roma, Florencia, Venecia o Milán» ⁽²⁷⁾. Sobre la expresión de tales preocupaciones se injertan toda clase de encargos: peticiones de libros, transcripciones de comedias o versos... etc. En resumen, esta primera parte del Epistolario descubre principalmente la avidez.

Dejaba algún pequeño margen en su correspondencia a la descripción, en general poco extensa, de lo que veía o escuchaba. Por cierto, que al comunicar las impresiones que le producían las obras artísticas tan abundantes en Italia, muestra una carencia absoluta de sensibilidad. La fina penetración de Menéndez Pelayo apreció y comentó tal rasgo; dice a este respecto: ...«Pero lo cierto es que ha habido pocos hombres de menos aficiones estéticas que Moratín. Su viaje por Italia, tan picaresco, tan divertido y tan gracioso, es,

(26) *Ob. post.* Carta XXXII; T. II; pág. 152.

(27) *Ob. post.*, Carta XXVII; T. II; pág. 138.

bajo otros aspectos, un documento deplorable; ¡qué modo de describir los museos! Parece el inventario de un escribano»⁽²⁸⁾. El juicio de D. Marcelino encuentra apoyo en algunas cartas dirigidas a Melón; dice, en ocasión de su viaje a Florencia... «¡Qué Venus del Ticiano!; tendida a la larga; en cuerecitos y con una mano sabe Dios donde»⁽²⁹⁾.

Tan flagrante carencia de sensibilidad artística puede explicarse por el hecho de que su disposición extravertida operaba en un psiquismo cuya función prevalente era el pensar.

Jung, al tratar del tipo reflexivo extravertido, le atribuye, entre otras, las siguientes características: ... «En este tipo humano son las formas vitales que dependen del sentimiento las que en primer término son reprimidas: las actividades estéticas, el gusto, el sentido del arte, el cultivo de la amistad... etc. Las formas irracionales como las experiencias religiosas, pasiones... etc. son a menudo extirpadas hasta su total inconsciencia»⁽³⁰⁾. Más adelante veremos cómo esta manera de pensar de Jung justifica otros rasgos de la personalidad de Moratín.

En las cartas dirigidas a Melón a partir de 1814 desde Barcelona y Francia se acusan principalmente el egocentrismo y el egoísmo. Antes de pasar al análisis de algunas de ellas conviene diferenciar los conceptos a los que responden dichos términos.

El egocentrismo debe considerarse como una actitud compensadora de la extraversion intensa. En ella, coexiste una disposición introvertida subconsciente en

(28) Menéndez Pelayo. *Hist. Id. Est.*, T. III, pág. 428.

(29) *Ob. post.*, Carta XXIV, T. ; pág. 134.

(30) Jung. *Tipos psicológicos*, Ed. Sur; pág. 417.

virtud de cuyas tendencias el sujeto se declara a si mismo digno del interés de su disposición extravertida.

El egocentrismo puede, por tanto, considerarse como artilugio defensivo contra la extraversion exagerada, ya que de no funcionar tal truco psicológico quedaría el sujeto anulado y disuelto en el ambiente por las tendencias propias de su disposición. Puesto en acción el mecanismo compensatorio, el extravertido continúa con las cualidades propias de su disposición; sigue su espíritu prendido al objeto, pero establece relación inmediata con su propio yo. En el trato social se descubre fácilmente el egocéntrico; cualquiera impresión le ofrece coyuntura para efectuar una auto-referencia.

El egoísta va más allá; a favor de tendencias que dimanen de un núcleo instintivo vigoroso, insuficientemente frenadas por los estratos superiores de la personalidad, no le basta la pretensión de que su yo constituya el centro de máximo interés; pretende que el contorno se ponga a su servicio.

En su trato con J. A. Melón es donde Moratín acusa más crudamente tales rasgos.

Pocas noticias seguras pueden obtenerse del correspondiente más asiduo de D. Leandro: las logradas a través de la colección de cartas y algunas referencias de Mesonero Romanos⁽³¹⁾. Ellas, sin embargo, nos permiten imaginarle como la contrafigura psicológica de su amigo; quizá esta oposición caracterológica constituyó la base de su firme amistad. Es indudable que Melón procedía de una familia acomodada. Un primo de Melón proporcionó dinero a Moratín cuando su estancia en

(31) Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*. Madrid, Renacimiento, 1926.

Londres y un hermano salvó a D. Leandro en Barcelona de muchas dificultades económicas. Gozaba de un beneficio sobre la diócesis de Sigüenza; era propietario de fincas en la provincia de Salamanca y sus medios de fortuna le permitían expatriarse con frecuencia al compás de los vaivenes políticos. Según Moratín nos lo retrata, era hombre poco adaptable. En una carta en la que procura disuadirle de la idea de regresar a Madrid, le escribe desde Montpellier en 1817: «Tu carácter no es bastante flexible; dices muy pronto y muy claro lo que sientes y tienes mas cólera de la que se necesita para la digestión; esto añadido a la costumbre de vivir ahí (alude a París) te hará tan insoportable tu tierra que que regresarás de ella a los dos días»⁽³²⁾. Liberal exaltado, como se lo reprocha Moratín en una carta ya citada⁽³³⁾, fué de los que creyó que el acatamiento y colaboración con la dinastía napoleónica era el medio más seguro y menos cruento de lograr una situación consonante con sus ideas. Fué Juez de Imprentas durante el breve reinado de José I, y cuando las tropas francesas abandonaron Madrid a raíz de la derrota de Bailén, le fueron confiscados sus bienes por el Consejo de Castilla. Una vez alejados los franceses de un modo definitivo, marchó a París donde permaneció hasta el comienzo del trienio liberal. El egoísmo de Moratín alcanza su más alto exponente en esta larga expatriación de su fraterno amigo.

Moratín se acomodó en Barcelona apenas vencidas las dificultades de los primeros tiempos. La confiscación de sus bienes fué levantada, normalizaron el pago de su beneficio sobre la diócesis de Montoro y logró

(32) *Ob. post.*, Carta CIII, T. II; pág. 302.

(33) *Ob. post.*, Carta CXXII, T. II; pág. 334.

unas pesetas como derechos de representación de sus obras; todo ello pudo procurarle una vida al gusto de su espíritu: un gabinete aceptable, chocolate en abundancia y abono al teatro; no experimentaba el más mínimo deseo de abrazar al amigo a quien tanto debía. No interrumpieron su correspondencia; pero las cartas de Moratín sólo contienen descripciones de su vida puerilmente minuciosas, complementadas con abundantes encargos referentes a las posibilidades de colocar sus ahorros en Francia, tipo de interés usual, costo del vivir... etc.

Entretanto, a Melón le acuciaba el deseo de regresar a España y de reunirse con su amigo; le pide consejo respecto a su propósito de instalarse en Barcelona. Indudablemente Moratín no comparte tal deseo y le contesta: ... «es verdad que la gente es muy tolerante y no gusta de averiguar vidas ajenas; pero, como es tan gran capital, tienes aquí todas aquellas cosillas que te incomodarían en la corte. Si consultase sólo al deseo de verte te haría mejor pintura». Más adelante, continúa con indiscutible gracejo, aconsejándole respecto a los lugares en los que podía vivir en España: «Valencia, ni nombrarla siquiera; Santander, ciudad episcopal; la Vizcainurria ya la conoces; no sé si te gusta, pero como son los porteros y han visto los que han salido, no sé qué trato darán a los que vuelvan. Yo diría, salvo tu dictamen, que sería bueno algún pueblo de Navarra y aún mejor alguno de la Rioja (exceptuando Pamplona y Logroño). En esta última provincia me parece que te iría bien; es buena gente, alegre, sencilla, que sólo piensa en comer y beber; la tierra abundante y templada» ⁽³⁴⁾.

(34) *Ob. post.*, Carta LXXXII, T. II; pág. 262.

Con estos graciosos datos geográficos disuadió a su amigo de la idea de reunirse con él en Barcelona.

Llegó 1817 y Moratín sufrió una activación de su natural medrosidad ante la política reaccionaria de entonces, y al resguardo de una supuesta cura de aguas en Aix pasó la frontera y se instaló en Montpellier. Allí, recobró la paz su timorato espíritu con la ayuda de un comfortable acomodo y de una vida relativamente barata.

Entonces Melón le reitera su deseo de reunirse y le brinda como albergue su casa de París; obtiene la siguiente contestación fechada en Montpellier el 28 de Septiembre de 1817: «Pues amigo Juan, lo que te digo es que tu París será muy bueno, pero no trato por ahora de ir allá. Si alguna vez fuese, no sería para estar en París, sino para disfrutar de París; y esto no puede hacerse sin tener a mano una porción considerable de discos áureos, o al menos argénteos, en que se vea estampado en bajo relieve la imagen de alguno de los soberanos que reinan o han reinado en Europa». Más adelante le comunica que ha logrado una renta capaz de mantenerle en cualquier parte «en caso de que llegase a faltarme la leche y la lana de mis inocentes ovejas» (aludía a sus beneficios eclesiásticos), y añade por último en espléndida muestra de egoísmo: ...«Pienso en Montpellier o en Florencia, pero no en París donde no podría gozar de las diversiones que abundan dentro de esa gran jaula. Pensar que yo había de ir allá y contentarme con estar metido en un cuarto contemplándote todo el día y atizando la chimenea, exclamando con el poeta... Salud, lúgubres días, horrorosos aquilones, Salud ...es pensar en lo excusado. Entretanto me regodeo en buena habitación con su cama matrimonial (la mitad me sobra), como tres platos y estoy abonado

al teatro» ⁽³⁵⁾. Al final de la carta le da cuenta del presupuesto diario establecido con una minuciosidad muy característica de Moratín.

El inconvencible afecto de Melón no debió quebrantarse por tan rotunda negativa y debió insinuarle su proyecto de abandonar París y reunirse en Montpellier. Tal idea obtuvo la siguiente contestación en Noviembre de 1817: «Dí a Luisa (la sobrina de Melón) que después de tantos meses en París, ni ella ni tú viviríais contentos en Montpellier. No es esto para quien está acostumbrado a otra cosa» ⁽³⁶⁾.

Sin embargo, cinco meses más tarde, Moratín cambió de propósitos y decide ir a París. Estimo que la razón de ello fuese el fallo en la optimista idea que forjara de su economía. Había dejado un depósito de dinero en manos de un tal Grassot, quien desde Barcelona debía abonarle periódicamente determinadas cantidades. El catalán no resultó muy honorable, pues incumplió su compromiso; los hábiles cálculos presupuestarios de Moratín se vinieron abajo y entonces se acordó del generoso ofrecimiento de su incondicional amigo.

Llegó a París a mediados de Marzo de 1818 para una estancia que habría de prolongarse más de dos años. Aquella larga convivencia dejó en el ánimo de Melón cierto poso de amargura a juzgar por las siguientes líneas: ...«le fuimos a buscar Luisa y yo a la diligencia en Rue Notre Dame des Victoires, y me admiré de hallarle gordo y colorado, porque siempre había sido flaco y pálido. Me lo llevé a mi casa, Richelieu, 98 y me obligó a que nos mudásemos, con mucho disgusto de nuestro amigo D. Dámaso de la Torre, que

(35) *Ob. post.*, Carta XCVII, T. II; pág. 291.

(36) *Ob. post.*, Carta XCIX, T. II, pág. 296.

vivía pared por medio de nuestro cuarto; todavía nos hizo cambiar dos veces de vivienda; Rue S. Pierre y Rue de St. Honoré, 219, en cuya casa vivimos dos años. ¡Dios sabe con cuanta repugnancia suya!, porque cada cuatro meses o seis se quería mudar»⁽³⁷⁾. J. A. Melón debía añorar aquellos tiempos de su primera reunión en París, en 1886, cuando tanto le divertían los donaires e imitaciones del joven Leandro, que de flaco y pálido se había convertido en gordo y colorado. El chispeante ingenio no encontraba salida en su personalidad egocéntrica y egoísta. Imagino que aquellos años de convivencia estuvieron llenos de ásperas fricciones. Moratín escribe a la sobrina de Melón, Luisa, desde Bolonia en 1820, a poco de su salida de París: ...«Mi querida sotana; ¡qué diferencia del estrépito y continuo trueno de la calle de St. Honoré al silencio y tranquilidad que disfruto ahora! ¡Qué diferencia de pagar por un sorbete veintidos sueldos a pagar cinco! Aquí esperaré, con la sorna que me caracteriza, los progresos de nuestra incipiente libertad; y si ellos fueran tales que basten a animarme y despertar mi amor patriótico, tal vez en el año 21 emprendería mi viaje a Barcelona. De todas maneras no veo muy probable nuestra reunión si ustedes van a la corte de ambos mundos, o se atascan en algún barranco de Mogarráz; yo no trato de volver a ver la Cibeles, aunque vuelva a España, y cata aquí cómo nuestra despedida en la calle Git-le-Coeur fué para un tiempo largo»⁽³⁸⁾.

Tal es la única alusión que se encuentra en sus cartas respecto al generoso albergue que le ofreció su amigo. La sequedad de afectos moratiniana confirma

(37) *Ob. post.*, Melón, *Desordenadas . . . etc.*; T. III, pág. 384.

(38) *Ob. post.*, Carta CXIV, T. II, pág. 321.

la descripción hecha por Jung respecto al extravertido pensador.

Llegó el triunfo de la revolución del año 1820 y, en consecuencia, el retorno de la mayor parte de los emigrados, Juan Antonio Melón entre ellos. Moratín, con evidente cautela, esperó en Italia la consolidación del cambio político. Se reanuda la correspondencia entre los dos y las cartas de D. Leandro muestran los mismos caracteres de egocentrismo egoísta. En ellas, le reitera encargos de toda índole y aunque predominan los encaminados al cobro de sus beneficios, abundan en todos los aspectos; gestiones de libros, comisiones a efectuar cerca de diversos amigos, copias de comedias... etc.

Regresó a Barcelona en Octubre de 1820. Ya comentamos, al denegar la ideología liberal en Moratín, que a los pocos meses de su llegada comenzaron a inquietarle las manifestaciones patriótico-liberales que menudeaban en la ciudad. En aquel efímero cambio político no tuvo más alegría que la que pudiera proporcionarle la esperanza de que fuesen ocupadas las temporalidades al Obispo de Oviedo y de este modo llegase a lograr el pago de su beneficio. Sostenía la misma esperanza, aunque de signo contrario, cuando finalizó el trienio liberal y el poder volvió de nuevo a manos reaccionarias. Escribía a García de la Prada en Octubre de 1823: ...«usted sabe que han sido inútiles las diligencias que se hicieron durante el reinado de la filosofía, de la justicia y de la beneficencia, que felizmente han desaparecido. Ahora, que debe regir un sistema opuesto, infiero que hallaré quien me pague, puesto que en el anterior no pude conseguirlo»⁽³⁹⁾.

(39) *Ob. post.* Carta CCXII, T. II; pág. 480.

A la natural medrosidad de Moratín se añadieron nuevos motivos de sobresalto; la fiebre amarilla hizo su aparición en Barcelona en Agosto de 1821. En carta a Melón y con su habitual gracia le comunica sus temores: «Yo tengo un extraordinario valor en estas críticas circunstancias y no ceso de consultar el mapa de Cataluña. Es un estudio muy divertido, muy útil y absolutamente necesario para la Historia. Camóens dice hablando de un león a quien acosan los cazadores; *turbado un pouco está, mais nao medroso*. Así estoy yo poco más o menos» (40).

Las inquietudes que le producían los exaltados, el miedo a los serviles y el terror ante la posibilidad de un contagio, determinaron la salida de Barcelona a los trece meses de su llegada. Presiente que su expatriación será definitiva, pues dice a Melón:... «Si los disturbios continúan, si llegan a mis oídos nuevos progresos del pueblo heroico y de los patriotas puros y de los republicanos (como los que ya bullen por Aragón), es decir, si la anarquía va prosperando, en tal caso puede ser que me quede por allá y reduciéndome a la miseria de mis rentas, dé un eterno adiós a la dulce patria con la sola esperanza de volverte a ver» (41).

En este su último exilio, la correspondencia con Melón ofrece las mismas tónicas que en etapas anteriores; descripciones prolijas de su vida, de sus alojamientos y de sus proyectos económicos: constitución de una renta vitalicia sobre el dinero que pueda reunir. Llueven los encargos, las instancias para el cobro de sus beneficios se hacen cada vez mas perentorias y llega un momento, Marzo de 1823, en que

(40) *Ob. post.*, Carta CXLI; T. II, pág. 385.

(41) *Ob. post.*, Carta CXLVI; T. II, pág. 372.

posiblemente descontento de la actividad de Melón liquida con éste sus cuentas y encarga la gestión de sus negocios a García de la Prada; dicha persona, que había sido corregidor de Madrid durante el reinado de José, afirmó sus relaciones con Moratín cuando coincidieron ambos en Cataluña; él fue quien sufragó los gastos de edición de las *Obras póstumas* de D. Nicolás recopiladas por su hijo. Sin remilgos de ninguna especie le comunica a Melón que debe pedirle a García de la Prada lo que pueda adeudarle por sus encargos y que, a su vez, entregue a dicho señor lo que le corresponde como dueño de la impresión de las obras de su padre. Por las mismas fechas escribe a García de la Prada: «con lo poco que le queda a usted, quedará sobradamente cubierta mi deudilla con Melón y yo libre y desembarazado de éstos cuidados» ⁽⁴²⁾.

Desde aquél momento la correspondencia con su amigo se hace menos frecuente; siendo, en cambio, mas numerosa la dirigida a García de la Prada. Melón, sin embargo no se libera de los encargos en las pocas cartas que le dirige; alguno de ellos tan enojoso como el trasladar a Paquita Muñoz su negativa a una petición de dinero.

Si nos hemos detenido, quizá en demasía, en detalles que pueden parecer de poca importancia, ha sido para resaltar los rasgos egocéntricos y egoístas que se ponen de manifiesto de un modo palpable en la parte del Epistolario correspondiente a Melón. La fiel amistad de éste se mostró siempre inquebrantable. Cuando la familia Silvela abandonó Burdeos para asentarse en París, Moratín se vió obligado a seguirla bien a su pesar; sobrevivió sólo algunos meses. Melón se

(42) *Id. post.*, Carta CCIX; T. II, pág. 475.

desplazó a París, demostrando hasta el último momento su afectuosa devoción hacia el amigo

En la correspondencia con García de la Prada, también se acusa la misma tónica de carácter, aunque de modo menos ostensible. Moratín contestaba a los pocos encargos que le hacía encareciendo las molestias que le habían ocasionado y advirtiéndole que no estaba dispuesto a que tales comisiones se reiterasen. Y se lo decía a un señor que le había facilitado su apresurada salida de Madrid en 1812, que había sufragado la impresión de las obras de su padre y que le llevaba la gestión de sus bienes desde Marzo de 1823. En materia de favores, Moratín no admitía la reciprocidad; en este sentido es graciosa una carta dirigida a Melón desde Burdeos en Marzo de 1825; dice así: ... «esta tarde le diré a Goya lo que me previenes acerca de la compra y remisión de otro chal. No puedes figurarte lo que me embrollan y atarugan los tales encargos juntos con otros que me vienen de Bayona cada ocho días (alude a los que le hacía García de la Prada); el encerado y el lacre que gasto diariamente, el tiempo que pierdo en empaquetar, las chorreaduras de lacre hirviendo que me caen por los dedos y me agujerean los calzones. Añádase a esto los viajes que tengo que hacer a los despachos de diligencias, roulages accelerés, correo y otras oficinas. Dígame que mes de Marzo más atropellado no he tenido nunca. Dios quiera que este cese y yo vuelva a la tranquilidad» (43).

Moratín procuraba obtener el máximo rendimiento del prójimo, pero era incapaz de soportar la menor molestia o quebranto en su beneficio.

Imagino que la llegada de Goya a Burdeos en 1824

(43) *Ob. post.*, Carta CCXLVIII, T. II; pág. 39.

debió perturbarle; a Melón se lo comunica del modo siguiente: ...«llegó en efecto Goya, sordo, viejo, torpe y débil y sin saber palabra de francés y sin traer criado (que nadie más que él lo necesita) y tan contento y deseoso de ver mundo» ⁽⁴⁴⁾. A través de tan destempladas frases se adivina que la llegada del ilustre pintor le originó alguna molestia. Por otra parte, Goya no debía estar tan alelado como lo describe Moratín, puesto que aquella estancia en Burdeos dió lugar a magníficas obras, entre ellas, el retrato de D. Leandro que se conserva en el Museo municipal de Bilbao.

En cartas sucesivas continúa dando a Melón noticias del eximio baturro, demostrando siempre en ellas la inconsistencia de afectos característica de Moratín; el 14 de Abril de 1825 dice de él: ...«ni sabe lo que le espera, ni lo que quiere; está muy contento aquí... y, sin embargo, a veces se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho que hacer; y si le dejaran, se pondría en camino sobre una mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas» ⁽⁴⁵⁾.

Goya, con la terquedad propia de su temperamento hizo dos viajes rápidos a Madrid en los pocos años que vivió en Burdeos. Moratín da noticia del primero el 7 de Mayo de 1826...«Una es el viaje de Goya dentro de tres o cuatro días, dispuesto como él arregla siempre sus viajes; se ve solo y mal contento de los franceses. Si tiene la fortuna de que nada le duela por el camino, bien le puedes dar la enhorabuena cuando llegue; y si no llega no lo extrañes,

(44) *Ob. post.*, Carta CCXXV, T. III, pág. 8.

(45) *Ob. post.*, Carta CCLIII, T III; pág. 48.

porque el menor malecillo le puede dejar tieso en un rincón de una posada»⁽⁴⁶⁾.

Podríamos citar otras cartas en las que da noticias de Goya; todas muestran un tono inadecuado de frialdad al referirse a una persona de 80 años y de cuya amistad desinteresada podía enorgullecerse Moratín.

Los rasgos temperamentales derivados de su extraversion reflexiva se acusan en todos los aspectos de su vida. La inhibición a la que sometía todo contenido sentimental se aprecia claramente en sus reacciones ante la muerte de familiares y amigos. Tal actitud se mostraba ya de un modo esbozado en su diario; «Murió padre; yo triste», marca al inicio de sus anotaciones. La muerte de su prima Mariquita, a poco de casarse con José Antonio Conde, sólo origina el siguiente comentario en una carta dirigida a Melón: «He sentido mucho la muerte de mi prima y he tenido un mes de Octubre bien aburrido»⁽⁴⁷⁾. Conviene advertir que tan expresiva frase la situaba al final de una carta llena, como de costumbre, de encargos. El fallecimiento de Conde, ocurrido tres o cuatro años más tarde, tampoco dió lugar a mayores manifestaciones; al tratar del hecho en su carta a Melón, tan sólo comenta las repercusiones que puede tener la desaparición de Conde sobre el alquiler de la casa de Pastrana.

En el mismo sentido también son curiosas las cartas de pésame. En ocasión de la muerte del padre de Paquita Muñoz, le escribe a ésta y, después de manifestar su sospecha de que se extraviasen algunas misivas de las a él dirigidas, pues a su decir tan sólo había recibido una carta, le dice: ...«Respondí a ella y no por-

(46) *Ob. post.* Carta CCLXXVIII, T. III, pág. 86.

(47) *Ob. pots.*; Carta XCIX, T. II, pág. 296.

que me ocurriese nada de particular que decir acerca de la muerte de su padre de usted. Nunca he sabido consolar pesadumbres tan hondas; el tiempo es el único y más eficaz consolador. Todo cuanto se dice en tales casos son bachillerías impertinentes que de nada sirven». Hasta aquí puede considerarse como una redacción acomodada a semejantes situaciones, pero Moratín no podía dejar de comentar su persona ni aún en una carta de pésame; continúa... «yo me voy haciendo viejo a marchas forzadas; pero sin padecer achaque ni molestia alguna; sanito estoy como una manzana. ¡Bendito sea Dios!, como decía D.^a Irene». Líneas mása bajo, añade:... «Cuéntenme ustedes, cuando me escriban, qué vida hacen ahora y en qué se divierten; porque en efecto es menester divertirse, y más consuelan el ánimo un par de horas de distracción que otras de gemir y llorar por lo que no tiene remedio. Desearé mucho que su madre de usted se mantenga fuerte. No hay quien me quite de la cabeza que no ha llegado a la mitad de la vida» (48).

Como puede observarse, en Moratín era inevitable el exponer su persona como objeto de contemplación; los párrafos finales muestran una frivolidad claramente extravertida.

Recopilando las anteriores líneas diremos que hasta 1814 se acusan en Moratín rasgos temperamentales propios de un extravertido pensador. A partir de aquella fecha y por un mecanismo compensatorio se manifiesta su egocentrismo que reviste matices egoístas por la naturaleza de sus instintos y las elaboraciones psico-afectivas creadas en derredor de ellos.

(48) *Ob. post.*, Carta CLXXXIV, T. II; pág. 433.

La vitalidad de Moratín

Hace muchos siglos que el Arcipreste de Hita lo expresó de un modo castizo:

«Como dice Aristotiles cosa es verdadera
El mundo por dos cosas trabaja: la primera
Por aver mantenencia; la otra cosa era
Por aver juntamiento con fembra plazentera».

En este aspecto no han cambiado ni cambiarán los móviles de la conducta humana. Todo ser tiende a subsistir y a reproducirse, lo que, en último término, aceptando la continuidad del plasma germinal, es un modo trascendente de la subsistencia.

La atracción predominante por uno de estos dos polos vitales varía según los individuos. Moratín se veía más impulsado hacia las «mantenencias» que hacia las «complacencias». En los anteriores capítulos se ha puesto de manifiesto la avidez que desplegó desde sus años mozos, mientras que toda su vida mostró frialdad rayana en la indiferencia respecto a los problemas de índole sexual. Pues bien, la avidez es una disposición ideo-afectiva creada por elaboraciones psíquicas en torno a la vital necesidad de nutrirse, y en virtud de ella, el ávido busca para sí y en la cantidad mayor posible lo que juzga ventajoso o favorable; impulsado por tal disposición, tiende al logro de lo que suponga incremento de las disponibilidades del individuo; en todos los órdenes: alimentos, dinero, bienes, cargos... etc. En este sentido, la avidez predispone a las reacciones egoístas sin que esto signifique que llegue a ellas de un modo obligado. El egoísta supedita el contorno a su beneficio; no llega a ver los derechos de los demás, o al menos actúa como si no los viese; mediando intereses

personales no existe el prójimo para ellos. Existe en el egoísta un déficit de altruismo y bondad; disposiciones ideo-afectivas que se derivan del sexo. Augusto Comte, con feliz intuición, decía que el instinto sexual estimula el desenvolvimiento de la simpatía ⁽⁴⁹⁾.

En fecha reciente, A. Delmas y M. Boll han desarrollado tales ideas en un sugestivo trabajo ⁽⁵⁰⁾.

Moratín era ávido y egoísta, porque en su núcleo instintivo existía un desequilibrio energético de tendencias.

No todos los ávidos son ambiciosos, y Moratín no lo era. La ambición exige una actitud esténica ante la vida, a cuyo favor se proyecta un futuro que exalte de un modo indefinido y creciente la personalidad. Al contrario, ante toda clase de circunstancias, Moratín mostró una flojedad de carácter que ponían al descubierto las cualidades asténicas de su persona. No formuló ningún proyecto ambicioso a través de su trayectoria vital. Acomasó su vida con la satisfacción de gustos elementales y modestos. Sintió, sin embargo, un gran temor ante la inseguridad de poder satisfacerlos en todos los momentos de su existencia. Las bases estructurales de avidez, inseguridad y astenia crearon dos rasgos muy característicos en Moratín; la escrupulosidad en materia de gastos y una peculiar tacañería, y digo peculiar, porque a favor de su egoísmo dejaba a su persona libre de ella.

Comienza su diario a los veinte años. Aun valorando debidamente las cargas económicas acarreadas por la muerte de su padre, es fenómeno curioso que

(49) A. Comte. *Catechisme positiviste*, Paris, 1909, pág. 166.

(50) A. Delmas, et M. Boll, *La Personnalité humaine*, Flammarion, Paris, 1927.

desde su iniciación no dejara de consignar con asombrosa minucia los ingresos y sus gastos por insignificantes que fuesen. Desde el año 1880 al 82 se reiteran apuntaciones tales como... «refresco, siete cuartos» ...«En el Escorial, café, un real». Toda su vida conservó la misma escrupulosidad. En las cartas dirigidas a Melón ya ofrecimos pruebas de tal actitud; igualmente se obtienen en las destinadas a Prada y a Paquita. Moratín llevaba su contabilidad personalmente, y en todo momento sabía lo que quedaba a su favor en manos de los gestores. Por encargo de él, Melón entregaba a D.^a María Ortiz, madre de Paquita, el dinero correspondiente al hospedaje de la prima de D. Leandro, Mariquita Fernández, la cual vivió con los Muñoz hasta su casamiento con Conde. Si Melón pasaba algún tiempo sin comunicarle el saldo de su cuenta, Moratín se lo advertía prontamente. Le escribe desde Bolonia en 1796: ...«Pide dinero sin cesar al de Córdoba y téntelo ahí; no me dices cuánto tienes en tu favor» ⁽⁵¹⁾. En otra fechada en el mismo lugar, dice: ...«En cuanto a lo que me dices de cuentas, ya tú sabes que en esta materia soy un águila y debes suponer qué arregladitas las tendré; por lo que hace a mi testamento, no te asustes, porque tengo particular inclinación a los abintestatos y hasta ahora no he pensado jamás en que yo pueda tener herederos» ⁽⁵²⁾.

Su gasto diario lo establecía con gran minuciosidad. Escribe a Melón desde Montpellier en el año 1817: «Presupuesto de gasto mensual que empezará el 1.^o de Octubre» ⁽⁵³⁾. En él detalla de tal modo las partidas que

(51) *Ob. post.*, Carta XL, T. II; pág. 170.

(52) *Ob. post.*, Carta XXXVIII, T. II, pág. 164.

(53) *Ob. post.*, Carta XCVII, T. II; pág. 291.

no deja margen alguno a imprevistos; vino, pan, barbero, chocolate... etc.

De vuelta a Barcelona, a finales del año 20, le da cuenta a Melón de lo bien instalado que se encuentra, y le escribe: «Me sirven un buen chocolate por las mañanas y comida excesivamente abundante para mí y estoy tratando de reducirla a la mitad rebajando el pago diario». Líneas más abajo, añade: ...Nada me falta y todo ello me cuesta un duro diario, que haciendo la rebaja proyectada en la comida, se quedará en en cuatro pesetas» ⁽⁵⁴⁾.

El rigor de su contabilidad era inflexible. Cuando Melón marchó a París enviaba el dinero directamente a la madre de Paquita. El pago de la pensión de su prima era siempre seguido de la frase: «Luego que perciba este dinero me enviará un recibo según el borrador adjunto, a fin de poder rasgar papeles anteriores» ⁽⁵⁵⁾.

Otro ejemplo de la cautela con la que actuaba en en cualquier asunto que pudiese afectar a su economía, es la carta dirigida a Conde contestando al anuncio que éste le hizo de sus relaciones amorosas con Mariquita F. Moratín. Le escribe desde Barcelona el 17 de Abril de 1815: «No le pregunto a usted nada del estado de su fortuna, porque no veo tan adelantadas las cosas que disculpen esta curiosidad; pero debo decirle, para que proceda en esto con la menor equivocación, que mis intereses van muy mal hasta ahora. Mi caudal actual no llega a 5.000 reales y lo demás todo está en esperanza» ⁽⁵⁶⁾.

(54) *Ob. post.*, Carta CXX; T. II; pág. 330.

(55) *Ob. post.*, Carta LXVIII, T. II, pág. 231.

(56) *Ob. post.*; Carta LXV; T. II pág. 226.

Sería curioso conocer el efecto que tal misiva produjo en el ánimo de Conde, pero podemos imaginar sin peligro de equivocación que descendería bastante el aprecio hacia aquél amigo con el que pocos años antes había salido precipitadamente de Madrid y convivido en Vitoria, cuando huyeron del entusiasmo popular despertado por la victoria de Bailén. Por otra parte, debió causarle gran regocijo la boda, pues le liberaba del gasto que suponía el pago de la pensión. Bien claramente lo manifiesta cuando comunica la noticia ... «Ne puedo ponderarte cuánto me alegro de haber salido de este cuidado y obligación que, aunque voluntaria en mí, me he visto en muchos apuros para sostenerla» ⁽⁵⁷⁾.

Avidez y tacañería son rasgos muy salientes de la personalidad de Moratín; no llegó a la ambición por lo blandengue de su carácter, y porque el estilo de vida al que gustoso se amoldó no exigía más esfuerzos que el cobro de los beneficios fácilmente logrados y para esos menesteres tenía bien a la mano tan voluntariosos amigos como Melón y García de la Prada. Escribe al primero de ellos en 1822 desde Burdeos: «¡Buen chocolate tengo! Yo creo que si fuera a parar a las islas de los Lagartos, allí me encontrarían con mi jícara y el panecillo francés regodeándome todas las mañanas aunque no tuviese calzones. Sin chocolate y sin teatro soy hombre muerto. Si algún día te dicen que me he ido a vivir a Astrakán, saca por consecuencia legítima que en Astrakán hay teatro y chocolate» ⁽⁵⁸⁾.

En la vida de Moratín existió un período de mayor liberalidad económica; son los años que median entre

(57) *Ob. post.*, Carta LXXIX, T. II; pág. 258.

(58) *Ob. post.*, Carta LXXII; T. II. pág. 415.

el regreso de su segundo viaje, 1797, hasta 1808. La mayor afluencia de ingresos no pasa de constituir una explicación fácil, pero no justifica la expansión global de su personalidad. Melón había logrado para su amigo la Secretaría de Interpretación de lenguas, cargo conferido por Godoy merced a la amistad de entrambos con el Príncipe de la Paz. Indudablemente obtendría ingresos que incrementasen los que le procuraban sus beneficios; conviene advertir, sin embargo, que Moratín había gozado en otras ocasiones de bienestar económico sin que por ello dejase de mostrar su inquietud ante el porvenir y su circunspección en los gastos. El mismo Melón consigna el hecho en sus «Desordenadas y mal digeridas apuntaciones». «Decía (alude a Moratín) que desde niño le habían hecho tímido y desconfiado para soltar dinero y que teniendo unos cinco años, fué a comprar un silbato en la Plazuela de Santo Domingo; le pidieron por el un ochavo y él respondió que no lo quería porque era caro y le dijo el vendedor: ¡Pues maldito! ¿Cuánto quieres dar?» y, a seguido, Melón añade: «estas mezquindades parecen incompatibles con los despilfarros en las casas de Madrid y Pastrana». En aquella época compró la casa de la calle de Fuencarral y al decir de Melón: ...«la renovó toda, gastando en ella más de lo que valía la obra. Compró otra en la calle de S. Juan en donde está ahora la Escuela de Farmacia; una casa vieja con un corralón en que hizo un jardín y allí plantó acacias que todavía subsisten, y gastó bastante dinero para lograr el recreo que le proporcionaba aquel retiro, y rosales, flores y otras plantas cultivadas por su mano. Con anterioridad a tales adquisiciones, compró la finca de Pastrana arreglando la casa, su huerta y la edificación que albergaba a los llevadores.

Desde Madrid se trasladaba en unión de sus amigos y allí les hospedaba» ⁽⁵⁹⁾.

Esos años representan un oasis en la vida de Moratín, desertica desde el punto de vista sentimental. Rumbo personal, generosidad y afectos; ¿qué pasó por el ánimo de Moratín? Pasó algo que predispone a las reacciones bondadosas y altruistas. Pasó el amor, que como dice el Arcipreste:

Al home que es cobarde fácelo atrevudo,
Al perezoso face ser presto e agudo.

Tal período marca el auge de sus relaciones con Paquita Muñoz.

Poco se conoce de la vida sexual de Moratín, pero puede afirmarse que en este aspecto mostró escasa actividad. Por lo que puede deducirse de la relación que hizo de sus viajes, acusaba gran temor a las relaciones sexuales por miedo al contagio de enfermedades venéreas. Del Nápoles de 1795, dice: «En Nápoles es el mal venéreo más común y más funesto acaso que en cualquiera otra parte de Europa. Paisanos míos, mancebitos barbiponientes, que por huir la estrechez de un colegio, o la sujeción doméstica, con pocos años, mucha locura y ninguna instrucción, venís presurosos a gozar las delicias de la seductora Parténope ya que no tengáis ni prudencia ni virtud, tened miedo a lo menos y si no sois continentes, sed cobardes» ⁽⁶⁰⁾.

Independiente de su fobia al contagio, se declaraba como moralizador en todo lo referente al comercio sexual. En la misma relación, hablando de los alcahúetes, dice: «Ellos son los azuzadores del vicio, los que

(59) *Ob. post.* T. III; pág. 385.

(60) *Ob. post.*, T. I; pág. 356.

propagan la corrupción de las costumbres, los que facilitan la infelicidad del tálamo, los depositarios de tanta debilidad humana, de tanto resbalón femenino; protegidos de las ilustres damas que procuran un desahogo a su temperamento, mal satisfechas de un esposo anciano o distraído en otra parte o debilitado por sus desórdenes; de las modestas viudas que necesitan en la austeridad de su retiro un suplemento de aquella felicidad que interrumpió la muerte, de las doncellas tímidas que rezuman de apetito y no pueden sufrir en paz las dilaciones de un padre descuidado. Alcahúetes hay para todos; no hay necesidad que ellos no socorran ni estorbo que no faciliten. Las p... se sirven de ellos como los comerciantes de los corredores; los miman, los regalan y ellos, por su parte, no sólo les procuran parroquianos, sino que las dispensan todo favor y protección» ⁽⁶¹⁾.

En su correspondencia con Melón se muestra menos circunspecto y moralista; le dice en una carta desde Roma: «¡qué hijas de familia de catorce a veinte! ¡Qué maridos pacientísimos y agasajados! ¡Qué madres tan devotas de la Madona y tan alcahúetas! Pecaſte, pecaste en no venir; no hay nada en Madrid que pueda suplir por lo que aquí pierdes» ⁽⁶²⁾.

A pesar del cálido entusiasmo que reflejan las anteriores líneas, en este su primer viaje a Italia no debió de llegar a «vías de hecho» más que en Venecia a juzgar por las cartas dirigidas a Melón; le escribe desde Bolonia en Diciembre de 1796: «Mucho me he divertido en Venecia, pero ¡qué separación! ¡Qué dulces lágrimas! ¡Qué promesas mútuas en aquella tremenda

(61) *Ob. post.*, T. I.; pág. 357.

(62) *Ob. post.* Carta XXVIII, T. II; pág. 143.

noche que dió fin a mi alegría y me apartó de los brazos de Circe! Los dos meses que he estado allí han sido una serie de placeres no interrumpida, que han desaparecido acaso para no volver, dejándome sólo memorias tristes» ⁽⁶³⁾. No debió originar recuerdos ni pesarosos ni alegres, pues en el resto del epistolario no se encuentra ninguna otra alusión al fugaz episodio de Venecia.

Su regreso a Madrid en 1797 marca el inicio de la fase más expansiva de su existencia; los estrenos de *El Barón*, *La Mogigata* y *El Sí de las niñas* denuncian una mayor actividad intelectual; la adquisición de casa y fincas, una desusada liberalidad en sus gastos. De no mediar su enamoramiento hacia Paquita Muñoz puede darse por seguro que su vida hubiese discurrido por los derroteros habituales: tertulias literarias, representaciones teatrales y chocolate a pasto.

En el diario de Moratín se registra el nombre de Paquita por primera vez el 26 de Junio de 1798. A partir de aquella fecha menudean las apuntaciones a tal respecto; frases como ...«ví a Paquita»; «jugué con Paquita», «acompañé a Paquita» aparecen con frecuencia. Se agranda su interés por ella. El 7 de Julio de 1799, consigna ...«Chanzas con Paquita a quien dí un beso».

Por aquella fecha compró la finca de Pastrana. No es aventurado suponer que el deseo de agasajar en ella a Paquita y a su madre constituyó un acicate para su adquisición. Y, en efecto, el 1.º de Septiembre de 1800 salieron los tres hacia la finca. Permanecieron allí hasta el 20 de Octubre salvo unos días que pasaron, madre e hija, en una posesión que tenían en Peraleja.

Es fácil imaginar el gozo de D. Leandro, ya cuarentón, albergando a su amada «Pacita» como solía

(63) *Ob. post.*, Carta XXXIII; T. II, pág. 154.

llamarla imitando un defecto de pronunciación de la madre.

Al siguiente año, y con el regusto de aquella estancia, proyectó otra por el estilo fracasando en su propósito. Gran añoranza debió de sentir, pues consigna en su diario a los dos días de su llegada: «Yo triste». Indudablemente no clareaba sus intenciones y la cauta madre y quizá la avisada hija no juzgaron oportuno reiterar la convivencia con el ya importante D. Leandro.

En Agosto de 1802 reiteró la invitación y debió partir de la madre la negativa en aceptarla. Moratín apunta en su diario: «Gran disputa con la madre de Paquita sobre viaje». Muy encandilado debía de estar con aquella moza de 22 años, pero su cabeza podía frenar los impulsos del corazón y seguía sin comprometerse.

Al padre, D. Santiago Muñoz, debía inquietarle tan nebulosa situación y llevado de su ánimo violento llegó a golpear en diferentes ocasiones a la madre y a la hija.

D. Leandro, con gran habilidad, supo mantener el tira y afloja de aquellas relaciones; sin un rompimiento que no apetecía, pues que, sin duda, estaba prendado de la muchacha, pero también sin perfilar proyectos que le ligasen; las anotaciones de «paseos», «obsequios», «visitas»... etc. a Paquita menudean en los siguientes años. En Diciembre de 1806, consigna: ...«Aquí Paquita y su madre; ...consultan sobre el casamiento de Paquita. Yo...testamento...ternezas». El asunto debió quedar indeciso, pues hasta Septiembre de 1807 no hace a este respecto ninguna alusión. El 8 de dicho mes, anota: ...«A casa de Melón; chocolate; cuentas de la casa nueva. Paseo con Melón en coche

donde me dió noticia de que se casaba Paquita. Lloramos. Yo triste».

Lo cierto es que por entonces no se casó Paquita y aún tardó once años en matrimoniar con un tal Valverde. Parece indudable que la familia Muñoz quiso tantear los propósitos de D. Leandro y utilizaron la finta de un problemático enlace. El, astutamente, así debió interpretarlo por cierto dejo de ironía que se desprende de la apuntación. Aquél ... «Yo, testamento.. ternezas», deja traslucir un ...yo, no muerdo el anzuelo.

También me parece exageración burlesca de Moratín el ... «Lloramos. Yo triste» que escribe en su diario cuando Melón le comunica el inminente enlace de Paquita. La noticia no modificó su abstencionismo en materia matrimonial.

Moratín había cumplido 47 años, alcanzado un sólido prestigio literario; pues salvo las dos adaptaciones de Molière, había representado toda su obra teatral, desempeñaba un cargo lucrativo e indudablemente tenía afecto por la muchacha y, sin embargo, siguió aferrándose a la soltería.

Paquita tampoco casó por entonces, pero no perdía la esperanza de ablandar al duro Moratín y sin desanimarse por el fracaso de sus dos fintas matrimoniales ensayó una tercera; indudablemente su espíritu era tenaz. Alentada probablente por el carteo con Moratín después de aquellos calamitosos años de guerra, quizá también porque la sobrina de éste se hospedaba con la familia Muñoz, le comunica un nuevo proyecto matrimonial. Moratín contesta a su carta de un modo ingenioso; después de narrar con donaire el cuentecillo de una viuda rica que dudaba en casarse con su mayordomo, le dice: «Si es teniente coronel no es mala circunstancia; si tiene juicio es excelente cualidad,

si tiene mediano talento miel sobre hojuelas, porque los hombres de talento superior o no se casan o son malos maridos. Si tiene la edad que yo (esto es, cuarenta años) la lleva a usted muy pocos de diferencia, pues usted tendrá sus treinta y cinco y de ahí no rebajo ni medio mes» ⁽⁶⁴⁾. La carta estaba escrita en Barcelona a finales de 1815 y, por tanto, Moratín se atribuía en ella quince años menos de edad. Puede interpretarse como un rasgo de humor a los que era tan dado; no obstante, en este caso, es posible que su humorismo tuviese raigambre más honda. La frase puede tener el significado de manifestar de un modo indirecto a Paquita que el motivo de no haberse casado con ella lo constituía la diferencia de edad. Incitan a tal interpretación las obras teatrales de Moratín en las que pone de manifiesto el absurdo de los matrimonios cuyos cónyuges ostentan gran desigualdad de años. Moratín sustentaba esta opinión desde hacía tiempo. *El Viejo y la niña* fue estrenada en 1790 y escribía *El Sí de las niñas* durante los años que marcan la máxima ligazón de afecto con Paquita. La primera lectura en privado de esta obra, según anota el diario, la realizó el 12 de Julio de 1801 ante Tineo, Melón, Cabeza y Conde.

Es seguro que Moratín adoptó la diferencia de edad como motivo fundamental para no casarse con Paquita. Pero pudiera acontecer que con ello racionalizase a posteriori una conducta determinada por tendencias más hondas.

Ordenado de tonsura en 1796, alcanzó en pocos años tres beneficios eclesiásticos cuyos rendimientos esperaba siempre con gran avidez. La orden menor

(64) *Ob. post.*, Carta LXXI, T. II; pág. 239.

exigía el celibato y atendido el modo de ser de Moratín era improbable que un estado pasional le llevase a la renuncia de sus ingresos. Me imagino que su ideal hubiera sido cohonestar la tonsura con su afición amorosa, pero, si así fue, le fallaron los cálculos por las condiciones personales de la hija y de sus padres.

Hay que reconocer, además, que su libido era poco exigente y, por tanto, la satisfacción de ella no constituía acicate eficaz para que le decidiese a cambiar su vida.

Paquita puso en el logro de sus aspiraciones un empeño inagotable. En 1816 vuelve a escribirle sobre su probable casamiento añadiendo en la misiva que no sentía ningún amor por el candidato; pensaba, sin duda, que tal circunstancia podía impresionar el ánimo de Moratín si quedaba en él algún rescoldo; es posible que se refiriese a la misma persona de la que hablaba el año anterior y con la que, al fin, se casó tres años más tarde. La tesonera Paquita tampoco obtuvo el resultado apetecido. D. Leandro le escribe a este propósito... «No es Teniente Coronel sino Capitán; gana de quince a veinte duros cuando se los pagan y por encima de todo le decía que no estaba enamorada». Moratín en vista de tales informes intenta disuadirla del matrimonio, pero en su carta no existe atisbo por el que se columbre el menor rastro de pasión amorosa; concluye diciendo: ...«Nada de esto le dijera a usted si no me repitiera que no estaba enamorada»⁽⁶⁵⁾.

Al fin Paquita se casó, perdida la esperanza por los fracasos de aquellos tanteos sucesivos; y lo efectuó con la persona a la que aludía en los años 1815 y 16; un tal Señor Valverde, militar, que según se deduce de

(65) *Ob. post.*, Carta LXXV; T. II, pág. 249.

cartas cronológicamente posteriores vivía a salto de mata, pues según las vicisitudes de la época, dejaba de cobrar durante largos períodos, ya por dificultades del erario o como consecuencia de verse separado del servicio al fallar el pronunciamiento en el que se comprometía. El enlace debió efectuarse entre los años 1818 y 1819. Moratín escribe a Paquita desde París en Septiembre de 1819 y, después de lamentar el que su marido esté sujeto por su profesión a esas marchas y contramarchas, le dice: «...por eso no hice yo jamás cara a esa carrera, ni me tentaron los uniformes, ni apetecí los galoncitos; y si por casualidad me hubiera hallado metido en ella, S. M. se hubiera llevado un chasco y mi valor le hubiera dejado mal en la primera ocasión. Será muy bueno dar cuchichadas, pero yo no las sé dar; en cuanto a recibirlas, aunque para mí es mucho más fácil, me parece que ha de ser incómodo»⁽⁶⁶⁾.

Después del casamiento de Paquita continuó Moratín carteándose con la familia Muñoz. La razón principal de ello era el ajuste de cuentas con la madre, ya que pagaba la pensión de su prima Mariquita. Hicimos mérito de la escrupulosidad y desconfianza que desplegaba en tal menester.

Los Muñoz sorteaban de continuo toda clase de dificultades económicas; las peticiones de dinero eran frecuentes. Moratín, maestro en esta clase de esgrima, paraba los golpes con habilidosa gracia; todo terminaba en un pequeño socorro o en un insignificante regalo; algún piquillo pendiente de las cuentas, trastos viejos, ropa usada... etc. En estas situaciones utilizaba un artificio que aunque carente de originalidad suele producir buenos resultados: pintar con negros colores su

(66) *Ib. post.*, Carta CXI; T. II; pág. 316.

situación económica. Le dice desde Barcelona en 1815: ... «Más hubiera agradecido los 50 duros si supiera usted el estado angustioso de mi caudal. No todas las veces que vaya Valero llevará igual encargo» ⁽⁶⁷⁾.

Mucho debió porfiar Paquita para conseguir de Moratín la custodia del retrato que le había hecho Goya. Al fin logró su deseo. En carta fechada en Barcelona el 27 de Marzo de 1817 ⁽⁶⁸⁾ le concede el usufructo del cuadro y entre bromas y veras le advierte las obligaciones a que se compromete.

Moratín se retractó de su propósito cinco años más tarde. En Julio de 1822, le escribe desde Burdeos: «Melón le dará a usted de mi parte una aleluya. Más adelante le pedirá a usted él mismo (con una esquelita mía) el retrato grande pintado por Goya, el cual tiene ya asegurada su colocación. Déselo usted cuando le presente la esquila» ⁽⁶⁹⁾.

Paquita debía de tener gran apego al cuadro y le molestaba verse privada de su usufructo. Moratín tuvo que reiterar la orden, diciéndole: ... «Cuando desista del capricho de conservar ahí el tal retrato, déselo Vd. a Melón que está encargado de recibirle y dársele de mi parte a la Academia de S. Fernando; único medio de asegurar su conversación y de que no perezca en manos de una castañera» ⁽⁷⁰⁾. Las gestiones de Moratín a este respecto fueron inútiles ya que en su testamento otorgado en Burdeos el 12 de Agosto de 1827 consignaba una manda de 50 duros para Paquita con la condición de que ella entregara el retrato de Goya a la Academia de Bellas Artes.

(67) *Ob. post.*, Carta LXVIII; T. II; pág. 230.

(68) *Ob. post.*; Carta LXXXIX, T. II; pág. 285.

(69) *Ob. post.*, Carta CLXXV; T. II, pág. 419.

(70) *Ob. post.*, Carta CXC; T. II; pág. 445.

El afecto de Paquita persistió hasta la muerte de D. Leandro; dos años antes del fallecimiento de éste proyectaba un viaje para verle. Moratín le contesta desde St. Brice en Julio de 1826: ...«un viajecillo de cien leguas sólo para ver esta cara que Dios me dió. Ya ve usted que no merece la pena y ni su salud ni su bolsillo sufre tales sacrificios» (71).

Tal fué la vida amorosa de Moratín; pobre y enteca en todos los aspectos. La esfera de lo sexual no podía constituir excepción a su tipo de extravertido pensador y, en consecuencia, a la represión de todo sentimentalismo. Por otra parte, en su núcleo instintivo eran dominantes las tendencias que le impulsaban a la avidéz; las libidinosas alcanzaban menguado vigor energético. De ahí procede su egoísmo que alcanzaba en Moratín aspectos pueriles.

El contorno de Moratín

La personalidad de Moratín hubiese sido considerada por cualquier psicoanalista de las dos primeras décadas del siglo como un caso típico de carácter anal. En efecto, confluyen en él los rasgos que tipifican tal carácter: la avidéz, la tacañería, la minuciosidad, las exageradas tendencias al orden y a la limpieza y hasta la preocupación por todo lo concerniente al funcionamiento de su intestino. A este respecto es curiosa la descripción que hacía a Paquita Muñoz del retrete de su casa de París: «En el entrepiso, hay un retrete a la inglesa, con su asiento de madera, su recipiente de barro blanco barnizado, con un tapón el cual se quita con un

(71) *Ob. post.*, Carta CCXXXIII, T. III; pág. 93

gancho y se vuelve a poner cuando la operación está concluída. A un lado hay una tinaja de agua y un jarro para limpiar aquel conducto y dejarlo como una plata» (72). Por la minucia y regodeo que pone en la descripción hace suponer que fué de las cosas que más le impresionaron en aquella su estancia en París de los años 1818 a 1820.

Es hecho bien conocido por su amplia divulgación, que la estructura del carácter se consideraba deducida de la evolución de la libido y de las formas de reacción y sublimaciones subsiguientes a las fijaciones de ella en alguno de sus períodos evolutivos. Cuando la libido se fijaba en el estadio anal, las reacciones que surgían en el ego originaban semejante constelación de características. A pesar de que nadie acepta hoy tal teoría sustentada en la segunda fase del movimiento freudiano, es lo cierto que de hecho se observan personas con un conjunto de rasgos caracterológicos propios del llamado carácter anal; y es curioso, como dice Fromm, que tales individuos suelen padecer de estreñimiento; lo cual es presumible en Moratín por las frecuentes crisis hemorroidales que padeció.

Dentro de la línea psicoanalítica fué Jung quien primero rompió la ortodoxia freudiana en relación a la estructura del carácter. Sus tipos psicológicos se deducen de otros puntos de vista y no tienen relación alguna con la evolución de la libido. Jung, sin embargo, en la tipificación caracterológica sigue ateniéndose a lo temperamental y a las disposiciones psíquicas y lo uno y las otras son atribuibles al genotipo.

Rank y Adler traspasaron la esfera de lo puramente endógeno y en sus estudios sobre el carácter

(72) *Ob. post.*; Carta CVIII, T. II, pág. 310.

valoraron la influencia de los factores marginales al tipo; es decir, las condiciones paratípicas. Adler, dice a este respecto: ...«...del carácter sólo se puede hablar asociándolo al mundo circundante» (73).

Los movimientos psicoanalistas actuales han aceptado tal enjuiciamiento del carácter; nos referimos principalmente a Horney, Sullivan y Fromm cuyas teorías caracterológicas se engloban bajo el nombre de escuelas psicoanalíticas culturales.

La presente divagación sobre el carácter de Moratín, guiada en su desarrollo por los puntos de vista Junguianos, debe ser completada con un somero repaso de las influencias ambientales ejercidas por la familia, el medio, la época... etc. Algunas de estas circunstancias favorecen las cualidades que dimana de su constitución; otras, por el contrario, las contrarrestan. Comenzaremos tratando de su ámbito familiar.

Moratín se desarrolló como hijo único. No guardaba recuerdo de los tres hermanos que le antecedían, pues murieron en muy temprana edad; en consecuencia, operaron sobre él circunstancias que exageraban las condiciones a las que está sujeto un hijo único, ya que puede darse como seguro que sus padres vivieron en el continuo temor de su malogro. Y, efectivamente, corrió gran riesgo de que así fuese por la gran malignidad con la que le atacó la viruela. Las atenciones paternas y de su abuela de fijo se acentuaron a partir de tan grave enfermedad. En esta atmósfera de amorosos cuidados creció Moratín. La reacción psíquica inmediata a tales condiciones es considerarse centro de su mundo: padres, familiares y amigos de su intimidad. Otros modos reac-

(73) Adler; *El conocimiento del hombre*; Espasa - Calpe, Madrid, 1981; pág. 151.

cionales son la desconfianza, la timidez y el recelo con los que aborda «el otro mundo» cuando por su desarrollo se ve obligado a traspasar el círculo de afectos centrados en su persona. Habitado a una protección continua, los primeros contactos con el mundo excéntrico a su hogar crean forzosamente un estado de temor angustioso. Algo de ello se vislumbra en los datos autobiográficos: ...«salí de la escuela sin haber adquirido vicio ni resabio, ni amistad alguna con mis condiscípulos, ni supe jugar al trompo ni a la rayuela, ni a las aleluyas. Acabadas las horas de estudio, recogía mi cartera y desde la escuela, de cuya puerta se veía mi casa, me ponía ella de un salto» (74). Tenemos a la vista de su caso el ejemplo de como la condición de hijo único contrarrestaba la disposición extravertida de su temperamento. A pesar de la orientación predominante de su espíritu no se adaptó fácilmente a la situación escolar por las circunstancias familiares en las que se había desenvuelto.

Añade Moratín ...«...Allí (en su casa) veía a los amigos de mi padre, oía sus conversaciones literarias y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leía a D. Quijote, El Lazarillo, La guerra de Granada, la historia de Mariana... etc. Así pasé los nueve primeros años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho».

La causa de su corta escolaridad fue originada por el excesivo celo de su padre. Cuando los amigos, concedores del despejo natural del Chicuelo, le instaban a que lo llevase a Alcalá, D. Nicolás decía: ...«Yo estoy contento con el muchacho; no quiero enviarle a ningun-

(74) *Apuntes auto-biográficos y noticias bibliográficas referentes al autor.* Bibl. Nac., Sec. Manus., P. V-4.º. Autógrafo 2. h. en 4.º.

na parte a que me lo echen a perder»⁽⁷⁵⁾. La madre tampoco soportaba la idea de separarse de su hijo, pues, a lo que parece, fue ella la que impidió se realizase el proyecto de enviarle a Roma para que estudiase dibujo y pintura al lado de Mengs.

Los hijos únicos esquivan difícilmente el escollo de una identificación afectiva predominante hacia uno de los progenitores. El afecto del joven Moratín derivó hacia su padre engendrando una afinidad de gustos, opiniones e ideas estéticas. En sus datos autobiográficos no se deduce algún período de rebeldía hacia la autoridad paterna; hecho tan frecuentemente observado en la adolescencia. La muerte de D. Nicolás, cuando el hijo tenía veinte años debió producirle honda conmoción; aquel día inaugura su diario con las palabras «Obiit pater. Ego trist». La expresión es de gran pobreza emotiva como corresponde a un extravertido pensador en los que existe una represión de todo contenido emocional. La muerte le creó un problema económico al tener que enfrentarse con las necesidades de la casa. Ya hicimos mención de lo bien que se adaptó al taller de joyería sin abandonar sus aficciones literarias. Prontamente se rodeó de amistades que en su tónica prolongaban las que niño viese en su hogar. Estala, Melón, Navarrete y Forner constituían una continuación de las tertulias de D. Nicolás en cuanto a conversaciones e inquietudes.

Las relaciones afectivas con la madre, ateniéndose a las apuntaciones de su diario, no llegaron a la fusión de afectos lograda con el padre; los registros de «reñí con mi madre», menudean. Poco después de la muerte de D. Nicolás enfermó su viuda de una afección que tra-

(75) *Vida de D. L. F. Moratín, de Silvela, Ob. post., T. I.º*

taron con reiteradas sangrías; dato terapéutico que no permite inferir la naturaleza de su mal por lo difundido que estaba tal proceder. Murió en 1785.

En el período de tiempo en el que tan minuciosamente registraba su vida, predominan las anotaciones referentes a visitas hechas y de un modo mas frecuente a su tío Miguel, hermano del padre. Gran número de ellas las dedica al anote de ingresos, tanto del obrador como los obtenidos de Montoro. Por cierto, es un dato curioso que Silvela sitúa en el año 1790 la concesión de tal beneficio y por lo que se deduce del diario lo disfrutaba mucho antes.

Llama la atención las devociones a las que se entregaba por aquella época el joven Leandro; novenas, sermones, asistencia a la bóveda de San Ginés donde, según cuenta Mesonero Romanos, dedicaban un día a la semana a un disciplinamiento colectivo. Durante las semanas santas registra día por día los actos religiosos a los cuales asiste y ninguna de las solemnidades litúrgicas se pierde; tinieblas, oficios, procesiones... etc. Las notas del diario más numerosas son las que registran tal género de actividades.

Comparando la inclinación que muestra Moratín por las prácticas religiosas desde los 20 a los 23 años, con la que acusó el resto de su vida, cabe imaginar que tal celo fuese reflejo de la madre decayendo a la muerte de ella. Sin embargo, a nuestro juicio, continuó de por vida como creyente y practicante.

M. Pelayo tilda a Moratín y a sus amigos de heterodoxos. Funda su juicio en las notas con las que apostilla «El auto de fe de Logroño» reimpreso para festejar la abolición de las actividades inquisitoriales durante el reinado de José Bonaparte. Quien las lea sin opasionamiento ni sectarismo, no encontrará motivos

que justifiquen tal dictado. Critica las burdas supersticiones en las que se fundaban tales procesos, los cuales, a no producir con frecuencia víctimas, eran para tomarlos con regocijo.

Tampoco es posible considerar a Moratín como hombre que guardase en sus adentros la incredulidad y que adoptase en lo referente a la religión la conducta que recomendaba Cadalso a los descreídos; el cual decía en sus *Cartas marruecas*: «Aun cuando vuestro sistema arbitrario y vacío de todo fundamento de razón o de autoridad, fuese evidente con todo el rigor geométrico, debiera guardarse oculto entre pocos individuos de cada república. Éste debiera ser un secreto de estado, guardado misteriosamente entre muy pocos con la condición de severo castigo a quien lo violase»⁽⁷⁶⁾.

Moratín estaba libre de tal obligación; siguió afe-rrado a las costumbres juveniles en punto a cumplir sus deberes religiosos. Escribe desde Lyon en 1818 a su amigo Juan Antonio y le dice, después de consignar la festividad del día, sábado santo: ...«Despachadas ya mis devociones, saldré mañana a las cinco de la mañana»⁽⁷⁷⁾.

No le modificaron las tendencias antirreligiosas del siglo; no solamente en lo fundamental: las creencias, sino en las formas externas de religiosidad de las que seguía siendo gustoso. En 1820 escribe también desde Lyon a su amigo: ...«En fin, quieran las ánimas y San Antonio que yo llegue vivo a Turín; allí me hallará tu carta, pues no pienso seguir adelante hasta que vea la procesión del Corpus y el Rey y la Corte y la

(76) Cadalso, *Cartas Marruecas*, págs. 283 y 84.

(77) *Ob. post.*, Carta CVIII; T. II, pág. 309.

Clerecía en toda ceremonia» (78). Sin embargo, a Moratín no podían alcanzarle las diatribas de escritores, como los padres Rosel y Moya Correa y de Meléndez Valdés, contra la tendencia, tan vigente hoy como entonces, de acentuar las manifestaciones externas de religiosidad con detrimento de lo que constituye la base del Cristianismo.

A Luisa, la sobrina de Melón, le escribe desde Montpellier en 1817: ...«Calva vea mi alma delante de Dios, que de las guedejas de este mundo se me da un pito» (79).

En las postrimerías de su vida escribe a J. A. Melón desde Burdeos en 1822, una carta en la que trataba de una amistad femenina de entrambos; dice: ...«Me interesa saber si se ha reunido con su marido como Dios manda, ya que aquella caída puede considerarse como aviso del cielo para que enmiende su vida y se vaya a cumplir las obligaciones que le impone el Santo Sacramento» (80).

Durante su estancia en Bolonia cultivó asiduamente la amistad de los jesuitas españoles refugiados. En la relación de sus viajes hace referencias elogiosas de ellos y lamenta la pérdida de profesores tan insignes como D. Manuel Ponte, profesor de Griego en la Universidad, el cual desplegabá en su misión tanto celo que hasta la criadita que tenía a su servicio y a la que no pagaba soldada alguna, se aficionó al estudio de dicha lengua en tal grado que llegó a desempeñar la cátedra de partículas griegas.

Moratín insiste reiteradamente en que debiera hacerse algo por beneficiar aquellos exilados; respecto

(78) *Ob. post.*, Carta CXIII, T. II; pág. 320.

(79) *Ob. post.*, Carta C; T. II; pág. 297.

(80) *Ob. post.*, Carta CLXIV; T. II; pág. 401.

a ellos dice: ...«Es lástima que nuestro gobierno carezca de noticias acerca de los sujetos beneméritos de esta extinguida religión y que no saque de ellos la utilidad que podría mejorando al mismo tiempo su mala fortuna» (81).

Estos datos bastan para deducir que su fe se mantuvo firme, lo cual no impide que trate con donaire un tanto irrespetuoso las cuestiones económicas derivadas de sus beneficios. Ya hemos indicado que las frases como ...«trasquila a mis ovejas de Montoro y de Oviedo»... «Ejecuta al ovetense pontífice»... etc. abundan en su correspondencia con Melón. Estos y otros decires deben interpretarse como fruto de la época; la rebuscada ingeniosidad es uno de los rasgos que caracterizan a los finales del siglo XVIII. Todo el epistolario ofrece muestras de tal carácter; algunas veces oportunas, otras, inadecuadas, siempre graciosas; las siguientes pueden constituir ejemplo. Por el año 1813, en el barrio en que vivía Paquita debían considerarla como novia de Moratín; éste se había incorporado a las tropas francesas en su retirada a Valencia. Al socaire de las dos circunstancias, alguna desaprensiva pretendió realizar un chantaje presentándose en casa de los Muñoz con un niño en brazos asegurando que era hijo del ausente y con una tempestad de sollozos y maldiciones por su perfidia. Moratín contesta a la noticia del lance con los siguientes términos: ...«No me dice usted nada quien era la furutona que alborotó mi casa, sin embargo de que dice usted que la conoce; ni me dice usted tampoco si vió a la criatura, ni si está grandecita, ni que trazas tiene, ni si se parece a mí. En otra ocasión, habiendo avisado a un comisario, la hubieran llevado a

(81) *Ob. post.*; T. I, pág. 328.

la galera, pero en las circunstancias en que ocurrió ya conozco que el terror que habría no daría resolución a nada»⁽⁸²⁾.

En otra dirigida a Melón, desde Nápoles en Febrero de 1794, dice en su final: «No ocurre más, pásalo bien y ruega a San Blas (hoy es su santo y bendito día) como yo lo hago, para que nos dé su gracia y nos libre de mala voluntad y testigo falso y libre a Montoro y a Oviedo de invasiones enemigas y te dé mas devoción que la que tienes justamente con la elasticidad lumbar que te falta»⁽⁸³⁾.

Ni las anteriores líneas ni otras que hemos transcrito traducen una irrespetuosidad premeditada; ya hemos dicho que deben considerarse como adaptación al ambiente de la época; la exaltación de la inteligencia y el ahogo de todo sentimentalismo originaba una tendencia a la ingeniosidad: las frases de Moratín son análogas a las que Diderot pone en boca del Abate Galieni y que transcribe P. Hazard; tal abate había logrado merecida fama de chispeante ingenio que no dejaba de utilizar aún tratando de cosas pertinentes a la Iglesia o a la Religión⁽⁸⁴⁾.

En el caso de Moratín, el predominio de la razón sobre el sentimiento se ajustaba a su tipo psicológico de extravertido pensador. Apenas pesaban en su conducta las motivaciones afectivas; la amistad, el amor, la patria... etc., ejercían poca influencia en la determinación de sus actos. Tal sequedad de ánimo agostaba la enteca imaginación de D. Leandro.

Ya hemos comentado la aridez de sus narraciones viajeras. La obra literaria adolecía del mismo defecto;

(82) *Ob. post.*; Carta LV.; T. II; pág. 203.

(83) *Ob. post.*; Carta XXIV; T. II; pág. 134.

(84) P. Hazard, *El pensamiento europeo en el Siglo XVIII*, pág. 223.

toda ella parece fruto exclusivo de la inteligencia; cuando alguno de sus personajes debe fingir pasión, expresa su afecto con palabras justas, pero no alcanzan a producir resonancia emotiva en el oyente o en el lector. Los fines didáctico-morales de los argumentos y el ajuste sistemático a las normas preceptivas neoclásicas también eran reflejo de la época, pero encontraban en la personalidad de Moratín un terreno apto para el desarrollo.

Dice Jung ...«al tipo reflexivo extravertido su moral le prohíbe tolerar excepciones, pues su ideal ha de llegar a ser realidad por encima de todo, ya que, según a él le parece, se trata de la más pura formulación de efectividad objetiva y ha de ser, por lo tanto, verdad universalmente válida e imprescindible para la salvación de la humanidad»⁽⁸⁵⁾.

Para el sistemático espíritu de Moratín, el ciego acatamiento al precepto de las unidades era condición precisa a la dignidad perdurable del género dramático y, por lo que encarece tal actitud en sus discursos preliminares y notas, hasta para la salvación eterna.

Las limitaciones preceptivas, más otras que particularmente se imponía, hacen que sus obras teatrales resulten un tanto frías. M. Pelayo, que se declara ciegamente apasionado por la obra literaria, dice de él: «La sobriedad del estilo de Moratín se parece algo a la sobriedad forzada del que no goza de perfecta salud, ni tiene sus potencias íntegras»⁽⁸⁶⁾.

Hemos repasado someramente la acción que pudieron ejercer los factores ambientales sobre el ánimo de Moratín. Tales influencias favorecen o estorban las

(85) Jung, *Tipos psicológicos*, pág. 416.

(86) *Hist. Ide. est.* T. III; pág. 419.

disposiciones propias de la personalidad actuando sobre cada una de ellas de un modo selectivo.

Se puede afirmar con carácter general que las personalidades con disposiciones extravertidas se moldean fácilmente a las presiones ambientales por sus condiciones de adaptabilidad; los introvertidos, por el contrario, oponiéndose a ellas afirman su persona frente a la situación. Tal fué el caso de otro amigo de Moratín, Juan Pablo Forner. Hombre esquinado, adusto y de indudables tendencias introvertidas, desarrolló su vida en abierta oposición a las tendencias del siglo.

Es curioso que Moratín dedicase el poco afecto que podía conceder a personas tan opuestas a sus propias disposiciones temperamentales. Ya comentamos su amistad con Melón, también introvertido. Es posible que la atracción hacia lo antagónico forme parte de algún mecanismo compensador. No cabe duda que dos extravertidos pensadores con tendencias egocéntricas se harían mutuamente insoportables.

Como final de estas divagaciones, en torno a la personalidad de Moratín quiero insistir en una advertencia hecha en el prólogo: si se trata de analizar una vida mediante hipótesis caracterológicas, es necesario rehuir todo juicio de valor sobre ella y muy principalmente las valoraciones éticas de tipo global. Moratín vivió la suya con arreglo a las disponibilidades psicósomáticas y ambientales. Ellas le permitieron pasar a la historia como una de las principales figuras literarias del siglo XVIII.

IMPRESO EN
ARTES GRAFICAS «GROSSI»
OVIEDO